

Bondad dice Él y otros escritos · CARLOS VÁSQUEZ

COLECCIÓN Visiones

Bondad dice Él

y otros escritos

CARLOS VÁSQUEZ

Bondad
dice Él
y otros escritos

Bondad
dice Él
y otros escritos

 COLECCIÓN *Visiones*

CARLOS VÁSQUEZ



UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA
1802

Comisión Institucional de Ética

© Carlos Vásquez, 2014

© Comisión Institucional de Ética, Universidad de Antioquia, 2014

Colección *Visiones*

ISBN: 978-958-8848-58-7

Primera edición, abril 2014

Distribución gratuita

2.000 ejemplares

Edición y selección de textos

Felipe Restrepo David

Corrección y transcripción

Viviana Restrepo Osorio

Carátula, diseño y diagramación

Luisa Santa

Impresión

L.VIECO,SAS

Impreso en Medellín, Colombia

Printed in Medellín, Colombia

{9} **Un libro en tus manos**

{13} **Presencias**

- {14} Mañana es hoy
- {18} La cultura y el poder
- {22} Acción sin violencia
- {26} No ponerse de acuerdo
- {31} Cultivar
- {34} Duelo
- {36} Uno solo de esos muchachos
- {39} Humildad vigilante
- {43} La hora cero
- {49} Respirar
- {52} Aprender
- {56} El silencio de la universidad

Celebraciones {59}

- Autenticidad {60}
- La palabra 'palabra' {62}
- Amistad {64}
- Bondad {68}
- Confianza {71}
- Conversemos {73}
- Invocación al silencio {77}
- Dejar las palabras tranquilas {80}
- Las razones del corazón {84}
- Lugares {87}
- Mi profesor de pin-pong {92}
- Lo que enseña la filosofía {99}
- La frase única {102}
- El río {105}
- Dónde están las palabras {110}

{113} **Bondad dice Él**

{146} **El autor**

Un libro en tus manos

La ética no es exclusivamente asunto de filósofos o de profesores de filosofía o un motivo de temporal dificultad para simples trámites que “obstaculizan” la vida investigativa o económica. Con la ética pasa igual que con muchas otras palabras, son utilizadas de manera confusa, y en períodos electorales de manera completamente adjetiva. Con la ética pasa que se llega a plantearla como un accesorio o un adorno y ella es por el contrario un ambiente esencial para la acción humana, sobre todo si queremos buscar el bien propio en una atmósfera de respeto y primacía del bien común.

La nación y el mundo contemporáneo están urgidos de un amplio debate sobre lo que se considera bueno y sobre el contenido de ideas como ‘vida buena’ o ‘calidad de vida’. Intelectuales como Martha Nussbaum en la actualidad o filósofos como Platón en el pasado, se han ocupado con este asunto pero ese debate y esa discusión

hay que darla permanentemente en cada sociedad y cada época. En nuestra nación ya sabemos, por amarga experiencia, que no es posible desconocer las reglas de la democracia por buscar el bien de la seguridad, si de paso estamos dañando el bien mayor de la justicia. La polarización actual de sectores políticos pasa por diferencias irreconciliables entre perspectivas sobre el bien común.

En nuestro ejercicio diario como ciudadanos y universitarios, y en el día a día de las aulas, se debería retomar esa realidad de la vida social y académica. Su forma elemental es la concertación, el diálogo y la construcción de una experiencia cognitiva en el trato diario. En la tarea de ajustar las culturas corporativas o de transformarlas, la construcción de planes de desarrollo para organizaciones o la sociedad, el elemento ético debe ser un referente obligado. El impulso a una ética de respeto por lo público y el cuidado de la naturaleza es fundamental. La cooperación entre universitarios o ciudadanos y organizaciones es más factible y enriquecedora cuando los debates se hacen de cara a la ciudadanía, utilizando los medios, respetando los sectores y teniéndolos en cuenta de manera real.

Igual se puede decir que cuando los planes se trazan con sanos principios éticos, el bienestar

y el progreso se irrigan de una manera clara y ejemplar. Los grupos de poder terminarán entendiendo que es el bien común y la generosa aplicación de recursos lo que nos acerca a la paz y al bien, y nos pone a todos en el camino del progreso material y espiritual. Y se trata de un esfuerzo integral.

Al concebir la cátedra Guillermo Hoyos Vásquez la Comisión Institucional de Ética ha querido abrir un espacio para la disertación y la invitación al diálogo. El Profesor Guillermo Hoyos Vásquez dedicó buena parte de su vida a este esfuerzo de crear espacios, dialogar y construir. Al respecto dijo: “Yo creo que la educación en este momento tiene un gran reto, yo soy optimista, en el sentido en que la generación que viene se verá confrontada por el problema ético y moral de la relación humana, de las relaciones sociales, de la inclusión del otro, del pluralismo, de la comprensión de otras visiones de vida, de otras formas de vida”.

En esta primera lección hemos invitado al Profesor Carlos Vásquez quien actuó como el primer Coordinador de la Comisión, y quien se ha distinguido por mantener una columna en el Portal de la U. de A., en la cual se aplica a la reflexión sobre asuntos vitales de nuestra vida

como universitarios. Es significativo que hubiera elegido la Bondad como su tema central y estamos seguros de que los jóvenes lectores encontrarán en su disertación y en sus textos cortos una fuente de reflexión y una invitación a pensar por sí mismos. Él ha definido su tema de esta concisa manera:

La palabra Bondad le permite a Elías Canetti recoger los motivos centrales de su reflexión: El valor y la vigencia del bien; la responsabilidad del escritor; las encrucijadas del conocimiento; la supervivencia del hombre; el sentido de la metamorfosis. Todo ello en un diagnóstico crudo y valeroso de nuestro presente, la desesperanza de nuestra condición actual y la afirmación, a pesar de ella, de la esperanza. La palabra bondad es un acicate para remover las entrañas del poder y avivar desde allí nuestra vocación de libertad creadora.

Este que tienes en tus manos es el primero de una serie libros que nacen de las conferencias mencionadas. Y esperamos que sean estas lecturas las que animen el desarrollo de una conciencia crítica propia y unos debates que nos debemos como universitarios.

Presencias

Presencias
Mañana es hoy
La cultura y el poder
Acción sin violencia
No ponerse de acuerdo
Cultivar
Duelo
Uno solo de esos muchachos
Humildad y vida obradora
La honradez y la autenticidad
Respirar a palabra palabra
Aprender
El silencio de la amistad
Invocación al silencio
Dejar las palabras tranquilas
Las razones del corazón
Mi profesor de ping-pong
Lo que enseña la filosofía
La frase única
Dónde están las palabras

Mañana es hoy

NO SABER QUÉ ESCRIBIR es ya escribir. Al escribir se intenta comprender lo que se hace. El que escribe quiere llegar a sentirse cerca, mirarse, acaso llegar a presentir quién es.

Parte de todo eso es lo que hacemos en filosofía. Leemos juntos, nos internamos en el pensamiento y el sentido de la acción. Acerca de variados objetos desplegamos nuestra agudeza y mirada.

Buscamos que nos caracterice nuestra precisión al lado de nuestra audacia, nuestra voluntad de análisis en medio de la incertidumbre.

Así, la verdad es un acicate, queremos llegar a ella para seguir adelante. De inmediato, en la noche, hacia aguas más claras. En mar abierto situó el filósofo Leibniz la invención de conceptos.

Si decimos búsqueda de la verdad pensamos en varios. No creemos en eso del solipsismo. A lo mejor fue un recurso de alguien que se sabía

inmensamente poblado. Y que se procuró un momento de apartamiento para no sucumbir a la facilidad y el seguidismo.

También a nosotros, los que queremos la filosofía, nos pasa eso: a veces nos apartamos, nos recogemos en pequeños grupos, cavilamos y callamos. Le damos tiempo a lo que nos llama, para volver al círculo común con una inteligencia más grávida.

Le tememos por sobre todo a las sobradas razones. Nos aterran las órdenes, los lugares comunes, los caminos trillados. No es que queramos ser excéntricos, pero sí rehuimos el imán que amansa muchedumbres.

Nuestro enemigo declarado es el déspota. El que acecha desde tantos rincones e impone su asedio. Queremos ser iguales y libres y confiados. Nos enamora el futuro, el tiempo que pasa, el viaje por la tierra sin ofuscación ni violencia.

Los que estudiamos aquí hemos extrañado estas semanas el ambiente de estudio. Estábamos mal enseñados: son muchos años de encuentro continuo, de exploración comprometida y feliz. En medio de todo, presionados en ocasiones por críticas.

Se nos decía que no éramos suficientemente comprometidos, que la realidad esperaba de nosotros signos de vida. Pero no es así, no nos sentimos evasivos ni apáticos. Hemos creído que hacer academia sin pausa es una buena forma de no sucumbir a eventuales hechizos de sirenas.

Mucho se dice acerca del momento actual y de las formas de defensa de la educación superior en nuestro país. En un punto yo sigo convencido: no hay nada igual al estudio, es un punto de apoyo y a la vez una posición de avanzada. Desde el aula y los libros la realidad se deja ver y recrear en su intrincada maleza.

No quisiera pensar en nada distinto. Los expertos y técnicos han dicho sus enteradas palabras. Hay quienes han leído en la mano de la universidad diversas rutas y dilemas. Lo que importa es que a esta hora y en todas las horas cada quien asuma su responsabilidad. Que no impere entre nosotros ínfulas prometeicas.

Es un arte difícil colocarse en el punto preciso. Es de esperar que este complejo tiempo de nuestra universidad nos haya enseñado algo que valga la pena.

La universidad tiene que seguir intentando volver a su tiempo sosegado, buscar alientos para hacer lo que es su razón y pasión. Universitarios

de todos los colores, ¿sabemos hoy más que ayer quiénes somos y por qué estamos aquí?

Entre tanto, debemos lograr juntos que vuelva, como si mañana fuera hoy, el tiempo de los estudiantes.

La cultura y el poder

“QUÉ ÉPOCA PARA ESTAR escribiendo poesía”, exclama el poeta italiano Quasimodo.

Y, cabe preguntar, ¿qué época es la nuestra? ¿Cómo asimila ella a los artistas? Lo que se hace palpable es que esa relación no es armónica. Un signo de ello es la soledad en la que los artistas suelen estar confinados.

Soledad que tiene que ver con su decisión inquebrantable de oponer a *los derramamientos de sangre* la vocación de humanidad de su mensaje.

Los artistas convierten la desesperación en acción creadora. Lo expresa así Quasimodo: “Desde la noche y la soledad, el artista encuentra el día e inicia un diario que es letal para el inerte”.

Ese día, que interrumpe la noche de los cuchillos, se plasma en diálogo entre las obras de arte y los ciudadanos.

El artista se expresa allí donde lo humano arriesga perecer. Y lo hace en medio de los

embates de un discurso con el que *el político* hace alarde de su sospechoso optimismo.

Los artistas son los *enemigos de la muerte*. No dejan de intentar reducirla y vencerla. Así lo expresa Elías Canetti: “Pero maldigo a la muerte. No puedo evitarlo. Y aunque en ello me fuera la vista, no puedo evitarlo, rechazo a la muerte. Sería un asesino si la reconociera”.

Los artistas no desfallecen ante la muerte. Ella se les presenta desafiante, merodea por la ciudad, asalta y propina golpes arteros. Por más que se disfrace, siempre está ahí, pisando los talones del hombre.

La muerte es el poder, el miedo a la muerte es el poder, el poder siente que hay que matar a uno, a muchos y que esa es la única forma de vencer ese miedo.

El poder erige su autoridad sobre *montones de muertos*.

Como se ve, la relación entre el artista y el político es conflictiva: mientras éste intenta reinar sobre la muerte con su penosa estadística, el otro la rechaza y la aparta y comparte esa actitud, cuyo verdadero rostro es el amor, con los vivos y con los muertos.

La cultura de un pueblo intenta mantenerse separada del furor militar. Mientras éste rompe

los huesos de los hombres, ella *intenta repararlos*. Allí donde ese furor se esmera en devastar, la cultura hace brotar nuevas formas de esperanza.

En la siguiente afirmación de Quasimodo se hace patente hasta qué punto el artista y el político se distancian: “El político quiere que el hombre sepa cómo morir con valentía; el poeta desea que el hombre viva con coraje”.

Estratagema de la muerte, astucias del poder, pasión del *superviviente* por llegar hasta el final, él y sólo él. ¡Cómo difiere esta soledad delirante de la soledad de los artistas!

Ellos tienen que saber que hay aduladores de la cultura que son sus detractores. Sólo que la cultura une sus fuerzas y resiste las manipulaciones. Peligro inmenso de este coraje: los artistas son encerrados en los muros del poder. Sólo que, desde allí, entran por ósmosis *en el corazón de la gente*.

Dice Elías Canetti:

No puede ser tarea del escritor dejar a la humanidad en brazos de la muerte. Consternado, experimentará en mucha gente el creciente poderío de ésta: él, que no se cierra a nadie. Aunque esta empresa parezca inútil a todos, él permanecerá siempre activo

y jamás capitulará, bajo ninguna circunstancia. Su orgullo consistirá en enfrentarse a los emisarios de la nada,..., vivirá de acuerdo a una ley... que dice: No arrojarás a la nada a nadie que se complazca en ella. Sólo buscarás la nada para encontrar el camino que te permita eludirla y mostrarás ese camino a todo el mundo. Perseverarás en la tristeza, no menos que en la desesperación, para aprender cómo sacar de ahí a otras personas, pero no por desprecio a la felicidad, bien sumo que todas las criaturas merecen. Me atrevo a decir que tenemos el arte para descifrar lo que hay en el poder de destructivo e intolerable y, a partir de ese conocimiento, resistirnos a él y revelarnos contra el instinto de muerte que es su veneno.

Acción sin violencia

PERO, LA VIOLENCIA, ¿De dónde proviene?

El hombre, la más violenta de las criaturas, ¿podría hallar alguna forma de apartarla?

Suposición que parece más bien una quimera: la violencia sostiene nuestro querer y nuestro hacer. Fisura del ser, ¿Hay acaso algo que no sea saqueado por ella?

Dice Lévinas: “Toda civilización que acepta el ser, la desesperación trágica que comporta y los crímenes que justifica, merece el nombre de bárbara”.

La violencia empuja todo y lleva todo: urde los lazos que atan a verdugos sin rostro, merodea aún en el amor que “lleva en el flanco la herida de una flecha pérfida” (Lévinas).

Incluso las palabras que nos decimos no son sino máscaras de las órdenes que damos: el deseo de convencer es un subterfugio de la obsesión por vencer.

La razón misma, nuestro moderno auto de fe, no parece ser sino una poderosa máquina de exclusiones. Ese uso mortífero terminó por ser la madre de todos los males.

Pero, ¿no habrá acaso otro uso que se coloque fuera de ese engranaje? Razón poderosa y amenazante, orgullo terrible de ser hombre, ¿habrá algo que no esté bajo su garra?

Tal vez haya otra razón por debajo de esa. Tal vez ella sea un habla. Pero, ¿quiénes pueden hablar así y a qué exigencia se abren?

A lo mejor el ejercicio de la filosofía deba intentar volver a ese punto. Todos sabemos que fue un habla la que lo inspiró. Pero, ¿cuál? Una en que la pregunta por el ser atiza violencia.

La guerra que aflige con sus escuadrones al mundo / es el ejemplo perfecto del error de la filosofía. / La guerra, como todo lo humano, quiere alterar. / Pero la guerra, antes que nada, quiere alterar y alterar mucho / y alterar de prisa (Pessoa).

Como réplica a esa propensión, verdad del error que amenaza con la guerra, dice Lévinas que “la palabra es acción sin violencia”.

Resulta difícil referirse a la conversación, “ese hecho banal”. ¿Cuáles son sus condiciones?

Habla frágil pero perseverante, clara y despierta, dispuesta a poner en cuestión las palabras del poder y el poder de las palabras.

En la conversación uno se expone. Hablar, en lugar de temer, es esperar. ¿Espera de qué? Uno sólo aguarda alguien para atenderle.

Por esa magia tan suya, la conversación es a la vez decir y escuchar: sencilla y maravillosa relación de igualdad, en que dos están comprometidos, entretejidos, fraternalmente convocados.

Allí, el otro no apunta hacia mí como si fuera un blanco, apunta mirándome, es decir, acogiendo mi singularidad.

Sólo entonces se suspende el riesgo de ser desmembrado en mi integridad, abusado en mi fragilidad, abolido en mi persona. Punto extremo en el cual -vergüenza de ser hombre- la violencia reacciona en su forma más pavorosa: el asesinato.

Comunidad de diálogo que renuncia al sometimiento, abandonando las pretensiones de soberanía. Aquí y sólo aquí uno sale del cerco de un sí mismo.

Para precisar el espacio que esta habla otorga, Lévinas apela al rostro: alguien se presenta directamente y me dice: estamos cara a cara, decididos a no echar mano del crimen.

Quizás haya aquí un giro: la filosofía primera debe ser una ética.

La ética del rostro, la mirada desnuda que sale de allí, inspira su ley que no es otra que la del ‘no matarás’.

Dice Lévinas que “esa mirada mide el infinito infranqueable en el que se aventura y naufraga la intención asesina”.

Por esta vía y apelando a un tercero, la relación de habla abre la existencia a la justicia social.

“La violencia es soberanía pero soledad” (Lévinas). Por eso no nos convence que el lema de la filosofía deba seguir siendo “conócete a ti mismo”. En lugar de eso, el precepto ha de ser: escucha al extraño, permite que sea él quien hable primero.

Se dice que los asesinos no son capaces de mirar cara a cara a su víctima. El que se atreve a ello ya no puede matar.

Es un arduo aprendizaje, la mediación de un habla. “La mirada moral mide, en el rostro, el infinito infranqueable en que se aventura y naufraga la intención asesina” (Lévinas).

Quizás sea ése el compromiso de la filosofía: ser el cuenco de una palabra de verdad que recoja y haga brillar, como esperanza de justicia, la sangre de nuestros muertos.

No ponerse de acuerdo

“ESTAR DE ACUERDO, llegar a un acuerdo, ante todo ponerse de acuerdo”: ¿Será ése el único camino?

Creo que ése es tan sólo un punto de tránsito, un cruce, una detención pasajera.

La obstinación por el acuerdo a toda costa arriesga con adormecer las consciencias, apaciguar las inteligencias, hacer lentos los corazones.

Yo diría más bien: hay que llegar a *desacordarse* de uno, hacerse cargo de las diferencias.

Sólo allí, precisamente en esa distancia, es posible empezar a hablar. Y seguirlo haciendo, sin sacar la carta que uno tenía escondida, en nombre de una pretendida unidad de criterio, al final.

Mantener la multiplicidad, alimentarla, cultivarla: es ése el destino del diálogo. La divergencia es fecunda, incita, muerde la consciencia. El acuerdo como obsesión dominante suspende eso, lo apaga, lo somete.

Que hay unos mínimos: no cabe duda. Que hay que definir hasta dónde es lícito ir: resulta

por decir lo menos necesario. A partir de ahí, lo que cuenta es el valor para seguir difiriendo. No por actitud pendenciera: es la disposición natural de los espíritus, el acicate de la vida en comunidad.

Si decimos en la universidad que no queda sino ponerse de acuerdo, maniatamos su creatividad: su motor es la diversidad, su ímpetu el talante creador, su libertad, la remoción de los lugares comunes.

La orden que impele a ponerse de acuerdo puede hacer del diálogo algo gregario, previsible, opresivo. El diálogo es promesa de futuro, apuesta por lo nuevo, un lanzarse a lo desconocido. ¿Acaso no es este salto el fin último de una comunidad de saber, su apuesta más propia?

Es ahí donde está la fascinación de la universidad: uno viene a ella para modular su singularidad. No es una obstinación, es una ética. Ella se ampara en un hecho ontológico: por naturaleza somos distintos: y eso supone una decisión: el primero en hablar ha de ser siempre el interlocutor.

Y si es así, se abre entre nosotros un juego inagotable, una charla interminable, una conversación sin renuncia. Porque *el otro es lo infinito en nosotros* (Lévinas).

Y esa marca de infinitud nos vuelve mansos, serenos en la conversación. Todas esas actitudes intranquilas, esos esfuerzos desaforados, provienen, por el contrario, de la obsesión en hacer desaparecer las diferencias.

Si lo infinito deja de ser el acicate, el diálogo se vuelve el simulacro de un ejercicio de fuerza: he de convencer, lograr que te hagas de mi lado, convertirte en mi adepto. Es de este modo como se llega a una forma de hablar subsidiaria de los amos.

Por el contrario, -extraña felicidad, maravillosa utopía- el germen de infinitud que siembra mi prójimo, anima en mí otros sentimientos: ‘no me mueve tan solo ponerme de acuerdo contigo, no estoy obsesionado con eso’.

‘De mi parte, sólo quiero que hablemos. Y si en algún momento estamos de acuerdo, ahí mismo nos acordamos que hay que seguir y que el camino lleva más allá de todo acuerdo o desacuerdo’.

“Los acuerdos esterilizan el espíritu. Quien lleve una vida espiritual, debería ignorarlos. Los acuerdos excluyen” (Canetti).

Hablar, hablar, hablar: sin querer zanjar algo rápidamente, lo cual lleva a retirarse de la conversación para seguir maquinando sumisiones.

Hablar es la aventura de ser hombres.

Ante todo no dejar de hablar, no levantarse de la mesa. Porque cuando uno se va, queda la consciencia de un lenguaje bloqueado. ¿Y qué se sigue de ahí? Buscar cómo hacer daño, ensañarse en los otros, reducirlos. Y el círculo del habla que calca la violencia vuelve a ponerse en marcha y de nuevo todo se cierra.

Y entonces, una y otra vez, volvemos a la mesa para seguirnos engañando.

¿No será acaso que hablar es otra cosa? Pues hablar no es un círculo y la mesa no es del todo redonda. Hablar se parece más a una multitud de puntos, sin un centro único, preestablecido.

Es un movimiento en los márgenes, y lo que sale de allí no es la verdad como mandato, sino un discurso amigable, discreto, sereno: una apuesta por una verdad construida en común, un habla a la que acaso ni le convenga del todo ese nombre intimidante.

La conversación traza una línea divergente, una tangente, que no es lo mismo que salirse por la tangente: eso es lo que hace el que quiere convencer a toda costa: se sale por la tangente para planear de nuevo cómo llegar al centro, porque apetece el centro, colocarse en el centro y dominar.

Hay que decidirse a empezar por lo que viene de lejos, como un movimiento lateral. Y así nos encontramos, sin renunciar a la particularidad que lleva cada uno consigo.

Las expectativas son ya otras. O a lo mejor no se espera ya algo único. El habla no es asunto de una esperanza subsidiaria de los cálculos y el provecho. Es un ejercicio despierto, activo, actual.

Que salga lo que tenga que salir, no lo que uno quiere, insiste, impone. Entonces uno está tranquilo y habla sin intereses.

Y así, uno habla y habla y puede seguir hablando. Y quiere y pide seguir estando allí. Porque no hay amargura, ni obsesión ni pasión dominadora. Más bien hay un sosiego, una voluntad de estar juntos, en la distancia infinita que nos separa.

Si queremos aprender a hablar, no insistamos tanto en ponernos de acuerdo.

Cultivar

ACASO NO HAYA en el idioma una palabra más rica en matices. Nos implica cuando la pronunciamos, nos impide eludirla, nos convoca y reclama.

Ese vocablo dice cosas familiares a los universitarios: mantener y estrechar el conocimiento, el trato o la amistad; ejercitar el talento, el ingenio y la memoria; educarse en las artes, las ciencias y las lenguas.

En un sentido escueto habla de *dar a la tierra y a las plantas las labores necesarias para que fructifiquen*. Nos acerca a nuestro lar, la franja que habitamos, esa que nos ampara y libera.

El cultivo supone esfuerzo compartido. Permite soñar con una comunidad en que tal vez todos fuésemos iguales, seres que nos inclinamos para servir a nuestra tierra esperando que nos alimente y cobije.

Esa palabra es aplicable a todas aquellas actitudes en que los hombres nos situamos diligentes

ante nuestras urgencias. Cultivar exige paciencia, vocación, destreza.

Ese ha sido siempre un gesto de sabiduría. Hay que medir los tiempos apropiados, los modos precisos. Un mal paso y el cultivo se malogra, la cosecha se pierde, los esfuerzos se anegan.

A lo mejor este término sirva para nombrar lo excelso. Apunta a un querer y un aprender a hacer, un confiar y recibir, un dar y a la vez acoger.

¿Hay acaso una palabra más provocativa para pensar la vida en la universidad? Creo que entre todas, resulta la más hospitalaria en ocasiones en que la tierra enmudece, la semilla se atrofia, los climas pasan por la sequía y el lodo.

Invoco esta palabra en momentos en que cunde entre nosotros el desconcierto. De golpe parece como si el espacio que habitamos se hubiese vuelto movedizo.

Quién no ha visto el pasmo de los cultivadores, su dolor y frustración ante la pérdida de una cosecha o frente al saqueo de su parcela por fuerzas hostiles. Es lo que ahora nos pasa, amenaza nuestro predio un asedio terrible.

¿Qué hacer? Querría decir que hemos de apelar a ese temple, el de los hombres con vocación terrenal, valientes ante el fracaso, perseverantes en la adversidad y las penas.

Lo natural es reunirse al calor del lugar, para nosotros el destello de la palabra inteligente. Y hablar y valorar, evitando caer en vanas arrogancias o airados reproches.

Y decirnos: es esto lo que pasa, tenemos que juntarnos para cuidar lo que somos. Todos tenemos la palabra, podemos hablar y proponer. La tierra escucha y espera.

Nunca antes nuestra disposición había sido más necesaria. La cosecha de hoy está en peligro, hay que hacer algo, por lo pronto decidir encontrarnos, invocar nuestro espíritu de universidad y obedecer su mandato.

Nadie debiera entre nosotros decir que no. La cultura que aramos exige lo mejor de cada uno. Se trata ahora, más que nunca, de insistir en cultivarnos.

Que importante sería que una palabra tuviese la capacidad de activar nuestro sentido de universidad, que no es otro que el cultivo de la lengua, único refugio en tiempos aciagos.

Duelo

NO ME EQUIVOCO si digo que los todos los filósofos coinciden en afirmar la vida: no hay un bien mayor, es ella quien engendra valores. Aún en circunstancias adversas la filosofía dice sí. Esa afirmación se traduce en la exigencia ética del cuidado de sí: asumir la existencia propia como una creación incesante que supone gobernarse y ser autónomo. El que sabe cuidarse a sí mismo es con naturalidad solidario, asume al otro con respeto y consideración, lo acepta como su responsabilidad.

No dudo en afirmar que todos los filósofos apuestan por la construcción de formas de racionalidad: filosofar es aprender a conversar razonablemente; llegar a consensos acerca de lo que conviene; dirimir los conflictos de acuerdo a reglas de racionalidad que cada cultura establece para modelar sus conductas, definir formas de convivencia, erradicar manifestaciones de auto destrucción y de abuso.

Estoy convencido del compromiso de la filosofía con la búsqueda de la felicidad: cada comunidad ha de inventarse su forma de acceder a ella, pero el hombre no puede, si quiere llegar a ser hombre, renunciar al derecho a la felicidad. Una felicidad hecha de aspiración a la justicia y la libertad.

Es desde estos valores, compartidos por los individuos que formamos esta comunidad académica, que expreso mi pesar por la muerte del estudiante Renato Rúa. Percibo en mis colegas y en los estudiantes ese sentimiento, acompañado por el compromiso indeclinable con estos principios.

Uno solo de esos muchachos

BASTARÍA ACERCARSE A uno solo de esos muchachos. Verlo con ojos de la última vez. Y pensar, ahí está, en su silencio de piedra.

Y empezar a llamarlo, con un solo nombre, rojo como un fuego recién segado. Contra esa piedra el nombre chocará y el rostro ausente no brillará nunca más.

Y entonces sentir el terror, la desolación, uno solo de esos muchachos era todo un mundo. Y ha sido roto, en la vecindad de su alero, apagado por el terco metal.

En los baldíos de una ciudad sin alma. Apática y cruel, rabiosa y cansada. Una calle oscurecida por el odio, repleta de obstinación y recelo.

Habría que pensar en uno solo de esos muchachos. Las manos asesinas opacan los ojos, depositan su polvo en cuencas tempranas.

Uno de ellos y la impotencia para hacerlo vivir otra vez, junto a nosotros, su madre y

hermana, en la intimidad de un hijo que espera que alguien lo acoja y no encuentra a nadie.

Muchachos encerrados en la oscuridad, sin un sí o un no, sin poder dudar ni respirar su desgracia.

Uno solo debería bastar. Que esa piedra nos llame y repique en nosotros. Muertos tempranos rasgando nuestra frialdad, reclamando a gritos su vida completa.

Un muchacho menos es una puerta sellada. Una forma que se arranca al inventario de dios.

No llegamos a presentir lo que perdemos. Oídos que se apagan sin hallar su propio nombre. Y las palabras anónimas, tristes por tantos cuerpos muertos.

Esos muchachos claman por nosotros y nuestras voces se van extraviando, enloquecen, son un desespero.

Da pena vivir aquí y no sabremos cuánto tiempo tomará restituir por ellos, en su nombre, una justicia que ni siquiera imaginamos.

Podríamos acaso abrigrarlos en el hueco de nuestra voz. Abrir allí una grieta para que pasen tantas almas blancas que llegarían a ser nuestra sal.

Uno solo de esos muchachos, el que guarda su desilusión en pocas palabras. Uno que quiera

llegar a viejo, con una sabiduría que le impida morir antes de tiempo.

Cómo llegar a encauzar, siquiera una vez, esa sangre estrujada por la vileza. Y atajarla, detener su caída en el fango o la arena.

Decirle, estoy contigo, somos los dos o nadie y entonces dios o lo que queda de él se acordará de nosotros y nos dejará pasar.

Al otro lado una pradera, un río estrecho y sosegado en el que el hombre descansa con el hombre en hora callada.

Volver a casa. Hallar el fuego, la cama tibia, la lenta ventana. Quedarse a vivir allí sin la mancha feroz de tanta vileza.

Uno solo de esos muchachos y las ganas intactas de volver a encontrarle.

Humildad vigilante

CUANDO OIGO LAS lenguas de la universidad parapatarse casi hasta el delirio en los argumentos, recuerdo esta sugestiva apelación de Elías Canetti.

Se trata de una humildad altiva, no arrogante ni pretenciosa, inmensamente lejana de cualquier obediencia. No es la humildad de las almas dispuestas a cumplir órdenes.

Humildad vigilante, ese estado de espíritu reconoce que toda opinión es transitoria, que no vale la pena casarse con nada, que no hay que seguir a nadie *como borrego*.

Esa humildad, alejada infinitamente de la arrogancia, exige cultivo y preparación. Ante todo renuncia: a tener razón, a querer convencer, a entronizarse en la argucia del momento.

El conocimiento es un estado de suspensión y apertura. Acepta su fragilidad, su vulnerabilidad, su desamparo. Pues uno no debiera querer saber nada que se vuelva definitivo.

Lo que llegamos a saber es un tránsito. Esa actitud aleja el peligro del dogmatismo, el hechizo de la verdad, la tiranía de una determinada corriente.

Para llegar a ese punto uno tendría que estar dispuesto a deshacerse. Porque uno mismo es el peligro, ese yo pendenciero, voraz, amañado, mediocre y sabelotodo. Ese pequeño tirano que llena el pecho de aire, que habla casi a gritos y no deja oír nada.

Pero es que él no es casi nada, órdenes e interjecciones, imperiosas razones que encierran en la ruindad.

A la hora de hablar hay que acallar en uno la vana palabra de ese yo estrepitoso. Ser tal vez nadie, casi nada, uno cualquiera. El estado es de disposición, apertura, mudanza.

“No me gusta disputar. Escucho al otro. Expongo mi causa. Pero que el otro y mi causa luchén, no, es lo último que deseo. La lucha tiene para mí algo indecoroso” (Canetti).

Humildad sin servilismo. Nada patética en verdad, despierta y alegre, mordaz sin llegar al cinismo, amistosa sin servicialidad ni acomodo.

Es una humildad despierta, sincera, traviesa, aventurera, desenfadada, desprendida, ambiciosa sin codicia, inquieta sin inquietudes vanas ni cruel avaricia.

La humildad no compite, no obedece, no pontifica; a la vez es confiada, se ajusta a la aventura compartida; propone, no dispone, depone las razones y juega con ellas.

He oído en la vida algunas personas que no parecen querer convencer, no aspiran a vencer en la disputa, solo hablan, se dejan ir, proponen, piensan y parecen experimentar consigo mismas mientras conversan.

Esas personas tienen la maestría del pensamiento a flor de piel. No tienen que predisponerse para hablar, se improvisan, pero nunca caen en la banalidad de un habla rotunda y categórica.

Personas así abundan en la universidad. Francas, amistosas, tranquilas. Aquí se puede hablar, hay personas dispuestas a dar la mano sin sacar conclusiones ni llevar a casa el botín de victorias retóricas.

Nada de hablas conclusivas. Nada de fórmulas perentorias. La conversación en la universidad es el elogio de la duda, de la tercera y la cuarta vía. La conversación no justifica la vida, dulcifica el dolor y lo hace más llevadero.

Por eso no admitimos los sermones, las tradiciones a ultranza, los mesianismos ni los rezos.

Nos incomodan la palabra texto, y la palabra discurso. Debieran ir desapareciendo, una vez

venzamos la propensión al totalitarismo de la estructura y el sistema.

Ni siquiera nos gustan las jergas de las disciplinas. Deberíamos siempre apelar a un idioma natural. Que mientras más sepamos de algo más sencilla sea la palabra que lleva.

Dado que no queremos ser vigilados, nuestra humildad vigila por nuestra libertad, único bien que merece nuestra atención en la tierra.

La hora cero

NINGÚN INSTANTE ES el instante que viene, este momento es éste y no otro y en cada hora todo vuelve a empezar. Creo que es así como conviene vivir el tiempo: no hay nada que se pueda aplazar, lo que nos toca es intentar llegar en el momento justo.

Y por supuesto al justo lugar. Y el lugar es éste, nuestro campus: lleno del aire que compartimos, acompañados por memorias, tradiciones y saberes que llevan tiempo ahí y piden y reclaman cuidado para que su hora no se acabe.

Y los otros espacios, esos que habitamos con un sentimiento de plenitud. Espacios de acogida, lugares para la amistad y el compañerismo. Porque aquí estudiamos y hablamos, en este recinto nos reconocemos, nos diferenciamos, nos interpelamos.

Por eso no dudo en señalar que la universidad es un lugar especial. Como lo son la casa o la iglesia, el museo o el estadio, la plaza pública y

el teatro. Sólo que nuestro lugar corre el riesgo de ser rebajado al uso y el abuso.

Lo sagrado es de todos y no puede ser apropiado de acuerdo a provechos particulares. Un espacio se sacraliza porque saca la vida de la trivialidad. Nos reunimos allí para reinventar el mundo y eso importa mucho.

Por lo general los hombres nos apartamos, nos rehuimos, nos encerramos en un individualismo temeroso. El miedo más humano es *el que nos despierta ser tocados* (Canetti). Lo vencemos cuando nos reunimos y nos volvemos iguales, no indiferenciados, cada uno es el que es en contacto con otros, igual a ellos, compartiendo ilusiones y razones, esperanzas y propósitos.

¿Qué es eso que mueve nuestra acción y nos mantiene juntos? No otra cosa que el estudio juicioso. En una sociedad en que casi no se estudia nada, en la que cada acción es inmediata, impensada, impulsiva. Muy seguramente esa inmediatez la hace propensa a rodar en el torbellino de la violencia.

Y tenemos que actuar sobre eso. Reunirnos y recuperar el valor sagrado de este espacio. Que lo es por una única y poderosa razón: en ningún otro lugar estamos tan convencidos de que la vida de cada uno es lo más sagrado de todo.

Eso, ¿qué exige de nosotros? Velar por los otros como si fuéramos nosotros. No hay nada más precioso que la vida y eso toma cuerpo cuando lo que más nos importa es cuidar la integridad de los demás.

Es ahí donde la universidad se diferencia: su misión es convertir en conocimiento el convencimiento de que la vida de cada uno es compromiso de todos.

La vida se conserva pero además se cultiva, se refina, se ennoblece. No basta con sobrevivir, hay que vivir cada vez mejor y para lograrlo se necesita imaginación, estudio, conocimientos, arte, recreación.

Uno oye decir todos los días: no hay un lugar mejor para vivir que la universidad. Este campus es amigable, abierto, múltiple, rico en oportunidades. Sólo que, algo está pasando, el espacio se enrarece y nos asedian las violencias. La sacralidad se borra, la convivencia se enturbia, la calidad de vida se deteriora ante el embate de algo oscuro y dañino.

Pienso en uno de esos factores: el expendio y consumo de drogas. Me sorprendió una de las conclusiones de un estudio adelantado por varias universidades de nuestra ciudad: los muchachos llegan a ellas buscando construir su

mayoría de edad. Y lo que encuentran más a la mano es la ronda de los amigos. Sólo que una intención astuta hace pasar de mano en mano el objeto de consumo.

Pienso que convendría asumir esta problemática con lo que nos es propio: la reflexión documentada, el diálogo entre las disciplinas:

Mantener abierto un foro para analizar el fenómeno del consumo de sustancias psicoactivas sería una buena experiencia. Un foro en el que los estudiantes tomen la palabra, compartan sus vivencias, sus expectativas, sus miedos. Un espacio en el que se junten sociólogos e historiadores, artistas y economistas, sicólogos y antropólogos, abogados y comunicadores, especialistas de la salud y filósofos. Una cátedra abierta en la que podamos estudiar el asunto: sus causas y sus efectos, en lo individual y en lo colectivo.

Fortalecer una conciencia ilustrada sobre este problema, de seguro contribuiría a acompañar a los individuos en la toma de sus decisiones. Ilustrar el debate permite que lo que cada quien asuma sea producto de una decisión y no un impulso alienado.

La universidad realiza un proceso de inducción a la vida universitaria. Es loable lo que se hace. Pero a mi modo de ver es infinitamente poco. Una

forma de prolongar la hora cero del próximo viernes podría ser diseñar un semestre cero, para que los estudiantes conozcan la universidad, sepan a ciencia cierta lo que es y lo que ofrece, tanto en sus oportunidades como en sus peligros.

Semestre cero organizado alrededor del cultivo de humanidad. Tenemos que saber qué responsabilidades asumimos, a qué nos exponemos, cómo se articulan universidad y sociedad. A partir de allí afrontar la formación científica y profesional, con una visión reflexiva y plural.

Un semestre para enamorarse de la universidad y así cuidarla y cuidarnos unos a otros y darle la cara a la ciudad y la región con talento y propuestas.

De todo corazón creo que este semestre no sería un tiempo perdido. Muy por el contrario, nos permitiría llegar en el momento justo al punto cero, ese punto de arranque que acontece todos los días.

Esa inducción permitiría reducir y acallar una ‘inducción’ clandestina que repta entre nosotros con propósitos destructivos. Lo doloroso es que muchos jóvenes que llegan a la universidad con la ilusión de construir una vida mejor, terminan arrastrados a la terrible noche de la violencia y las adicciones.

El humanismo que invoco tiene que ver con la vocación de salvar lo humano del remolino de la abyección y de la muerte. Es un deber inaplazable de la academia. ¿No será esta la hora cero para seguir pensando entre otras cosas en eso?

Respirar

CADA PERSONA TIENE su forma particular de poner a vibrar el aire. Las poses que adoptamos, nuestra quietud y nuestros movimientos, son todos signos de nuestra disposición aérea primordial.

¿Cómo respira la universidad? Lo hace con las palabras que lleva. Para hablar, escribir o leer hay que entretenerse con el aire. Convertirlo en vocablos, en declinaciones de la voz, en invitaciones y llamados.

Para nosotros la respiración no es algo meramente natural. Supone más bien una forma de estar atentos. Uno respira con las preguntas, las inquietudes, el ansia de saber y guiar sus respuestas.

Y respira también regresando al aire el aire que acoge. Una vez lo rumia, lo piensa, lo experimenta.

Cada pensamiento, pregunta, solicitud, entra como aire por nuestros oídos. También el amor

y la amistad, los propósitos compartidos. El aire nos es común, nos enlaza y acerca.

Una comunidad académica debe aprender a respirar. Su sabiduría es la comprensión del aire de los tiempos. Hay que estar atentos, escudriñar, aprender a oler ese aire. En eso estriba la vida intelectual: en saber distinguir unos aires de otros, en reconocer distintos respiradores.

El aire entra en nosotros ya interpretado. Se nos impone en su naturaleza humana y social. Tanto que el aire puro no es un presupuesto natural sino un logro moral. Uno respira la bondad o la picardía, la dulzura de corazón o la sevicia, la transparencia de intenciones o la pugnacidad.

Hay aires confiados o astutos, refinados o burdos, acogedores u hostiles. Sería bueno que la universidad fuera un instrumento de purificación del aire, que supiera distinguirlo, dignificarlo.

Cada alma da a cada respiración su tonalidad. Y si bien hay respiraciones sosegadas también, a veces, es necesario beber el aire a bocanadas, respirar con urgencia, buscar otros aires para salir de la asfixia.

Estamos asfixiados, quién se atreve a negarlo. Cada vez hay menos aire, y el que queda está viciado de arrogancia, prepotencia, puerilidad.

No puede ser que los universitarios respiremos sin inquietud el aire impuesto, el de las vanas razones, el del sentido obtuso, el de pulmones que reparten su atmósfera incierta.

La academia descifra el logos de la respiración, sofoca el humo a los asfixiadores, de aquellos que con base a su apego al poder han envenenado el cielo en la tierra.

Aprender

LA UNIVERSIDAD ES un lugar para la observación. Nos ofrece la oportunidad de mirar a las personas y oír lo que dicen.

Esa observación no obedece a ningún interés o búsqueda de provecho. Mirar y oír exigen un estado de desprendimiento elegido.

No hay preconcepción ni prejuicio. El que oye y mira lo hace con atención y desprovisto a la vez de intenciones.

Ese estado se parece a la despreocupación. Pero no por ello es negligente u ocioso. Uno se concentra, busca centros diversos. Como no espera nada, ve y oye objetivamente.

No inventa nada, no prefiere nada ni a nadie. La observación recae sobre cualquiera.

Porque todos somos dignos de atención. Y el que así observa no quiere apoderarse de nada ni sacar conclusiones. Lo único a lo que aspira es a *aprender*.

Ese aprendizaje tiene que ver con personas. Cada una en su singularidad, todas en su diversidad y riqueza.

Persona es una bella palabra. Apunta al discurrir de cada uno, su misterio, su deriva. Es la extrañeza, el milagro, la agudeza y complejidad.

A la vez cada persona es lo más sencillo: unos rasgos, unos gestos, unas posturas. Una forma de andar, de moverse, de ir por el aire.

Y si uno mira bien hay muchas personas. Y si uno escucha bien, pululan las voces, los tonos, los timbres. Y en cada vibración una virtud, un anhelo, una aventura.

Y nos vamos observando unos a otros. Sin escudriñar, desdeñando cualquier intromisión. Esa observación no interrumpe, no irrumpe, no se inmiscuye.

Aprender supone dejar, abandonar, regalar-se. Entrar en relación sin invadir. Y las personas se van y uno se queda solo estudiando todas esas presencias.

Es así como uno se vuelve un pueblo. Tan real como las huellas visuales y sonoras. Una comunidad de voces, colores, siluetas, armonías, músicas, gestos. Un pueblo vivo, intenso y variado.

Ese pueblo nos protege de la tendencia de ciertos saberes a reducirnos a la misma figura: teorías insípidas que creen que todos terminamos pareciéndonos, que cabemos todos en la misma caverna verbosa.

Para observar hay que retraerse. No querer figurar, ser discreto. Que nadie se sienta incómodo porque lo están estudiando.

Tiene que haber lugares para difuminarse, la universidad no puede ser un espacio panóptico. Por eso nos repelen las cámaras, los ojos escondidos, las escuchas capciosas.

Que el que nos mire no nos robe lo que somos, que nadie nos clasifique. Uno aquí es visible por invisibilidad. Y el que lo observa a uno que no lo saquee, que lo deje intacto y nada le hurte.

Es misterioso el don de esa observación, exige todo un aprendizaje. A lo mejor se enriquece con los libros, los tratados, las ciencias. Esa observación va dejando una memoria gozosa de todos los que algún día estuvimos aquí.

Aprender: mantenerse abierto, dejándose llevar por el vaivén de las olas personas. Pues cada ser humano es un mar y esa observación protege lo irremplazable, reivindica el carácter ondulante e imprevisible de cada individuo.

En una sociedad en que todo se intercambia por todo, en que cada cosa y persona arriesga terriblemente con volverse un desecho, hay que aprender y oír y ver y así guardar en el corazón el don sagrado de cada vida, la búsqueda que cada uno hace de su virtud y belleza.

El silencio de la universidad

VOY CAMINANDO POR el bloque 10, giro obligado por arreglos y baches. Los muchachos se arremolinan, parecen por momentos anclados en la pasividad.

Algunos se reúnen en el suelo, comen allí, se dedican a leer o conversar. Lo que salta a la vista es que no hay espacios adecuados y suficientes para ponerse a estudiar.

Hacerlo en parejas o en pequeños grupos es un deleite, a veces una necesidad. También puede ser gozoso leer al aire libre. Yo lo hacía en mi época de estudiante: el parque teatro de las esculturas, la zona deportiva, los amistosos prados o los rincones discretos.

La universidad está llena de parajes, pequeños oasis para dejar que el alma respire. Pero el estudio, más formal y concentrado, parece entre nosotros condenado al exilio. Y es entonces cuando recae todo el peso sobre la biblioteca: salas llenas de rumores y charlas sin tregua.

Pero si la biblioteca es un silencio concertado, me digo. Un lugar hecho para callar. Por lo pronto pulula en ella un ruido que no se deja apagar. De ser el sitio más recogido se ha ido convirtiendo en la estancia de las habladurías.

La biblioteca es la casa del silencio. Y ese silencio lo hacemos todos y hay que cuidarlo. Si bien somos una comunidad destinada a la palabra ella es ante todo la sombra del silencio que guarda.

Hay que poner los ojos en la biblioteca para que, de nuevo, sea posible en ella cultivar el conocimiento que es el reposo del oído.

Todos los caminos llevan a la biblioteca. No en vano está en el centro, es el corazón, anuda y desanuda todas las andanzas. Un lugar para demorarse, concentrarse, olvidar los afanes, entrar en la inteligencia.

Siento que ese edificio tiene algo sagrado. Por ello hay acciones que lo contradicen y maltratan: comer, beber, dormir, charlar. Es terrible que uno sienta que allí es imposible concentrarse.

Ella es el recinto para lectores ensimismados, seres sumidos en su perplejidad. La biblioteca entrega el don de la soledad, uno se recoge allí en la cavilación juiciosa y profunda.

Entre tanto, ¿por qué no piensan los planificadores del espacio en un lugar para el estudio más abierto, locuaz, compartido?

Es hora de hacer un pacto por la biblioteca, que sea para todos el silencio de la universidad.

Presencias
Mañana es hoy
La cultura y el poder
Acción sin violencia
No ponerse de acuerdo
Cultivar
Duelo
Uno solo de esos muchos
Humildad y dignidad
La hora cero
Respirar a palabra palabra
Amistad
Aprender
Bondad
El silencio de la conversación
Conversemos
Invocación al silencio
Dejar las palabras
Las razones del corazón
Lugares
Mi profesor de filosofía
Lo que enseña la filosofía
La frase única
El río
Dónde están las palabras

Celebraciones

Autenticidad

QUERIDA G: ESTOY labrando esta palabra, no como un tallador sino como un agricultor.

Es una palabra con una enorme exigencia y no quiero, menos a ti, hablar de ella con seguridad docta.

Autenticidad: es huidiza, pocos seres la llevan como se lleva el rostro.

Si impera la mentira, si el poder encubre en las palabras la garra del odio, el auténtico se retrae, se vuelve parco, esquiva la hostilidad.

Y se queda solo y nadie le entiende y lo poco que dice no es oído por nadie.

Pero lo que importa es mantener las manos limpias.

Y de mano en mano, como una moneda irrepetible que lleva el emblema de la libertad, nos pasamos el mensaje de los que no se dejan tasar.

Ante la desgracia que cae sobre nosotros, envueltos por el fuego de los desalmados, reclama amparo el humo de las víctimas.

La autenticidad es una fuerza para la política: ahí el otro lo ve a uno al desnudo, cuando uno no finge ni pide nada.

Quizás la dulzura de un gesto, una voz que nos guíe en la noche de los cuchillos.

Acaso se muestre en la humildad, sostenga la amistad, alimente la gratitud.

La autenticidad es la sombra del amor.

No puedo, no deseo ser otro. Me basta con aquel que, dentro de mí, no deja que renuncie a ser mi aliento y mi nada.

La palabra ‘palabra’

¿Y SI DE GOLPE las palabras faltaran? ¿Si fuéramos marchitando una a una las pocas que quedan? Acaso sea eso lo que está sucediendo, la fuente de nuestra soledad y penuria.

Las palabras no parecen decir ya nada, hemos extraído todo de ellas, las hemos reducido a rипios de frivolidad y bullicio.

Queda la educación, supervivencia de una quimera: darle nombre a las cosas, recuperar la realidad hablando. Roce de lo humano sobre una naturaleza aquejada, dispuesta a responder si nos acordamos.

¿Recordar qué? Que no hay nada fuera de las palabras, que aún la nada las busca y anhela. Es por eso quizás que estas jornadas, en que la universidad se piensa y celebra, se llaman *La casa de las palabras*, en un mundo en el que casi ni sabemos lo que es habitar.

La universidad comprende que sin palabras todo se vuelve yermo. No hay para ella una

responsabilidad más alta: cuidarlas, cultivarlas. Y entre tanto escuchar: ellas tienen algo aún por decirnos. Sería bueno afinar el oído.

Palabras que dicen no: a la crueldad, la injusticia, la muerte. Palabras que dicen sí: a la bondad, la alegría, el conocimiento.

Las palabras nos llevan, nos llaman, nos acogen. Si queremos llegar a realizarnos tenemos primero que reconocernos. En el lenguaje, único espejo a la altura del hombre.

El claro y oscuro reflejo, la noche y el día de nuestro rostro, las amadas palabras que rozan nuestros labios y alivian la sed.

Es posible imaginar que sobrevivirán. Más allá del saqueo, de la depredación insaciable, unas cuantas palabras, sabias y pacientes, silenciosas y cautas, templarán nuestra frustración y guardarán nuestra espera.

Junto con la palabra silencio, la palabra ‘palabra’ abre y cierra *el corazón de las tinieblas*. En el centro está el hombre, extraño ser atisbando el confín inquietante.

Amistad

ME ENCUENTRO CON don Guillermo en una pequeña sala de reuniones del Instituto de filosofía. Hace días me había expresado su deseo de hablar. Me cae bien, lo siento cálido y espontáneo.

Su apariencia es la de alguien que se preparó para una cita, lleva consigo una carpeta con documentos. Don Guillermo es un empleado de muchos años en la Universidad. Basta oírle algunas palabras para sentir que ella es como su casa: la conoce, la quiere, se preocupa por ella. Tiene su propia idea de lo que importa, lo que vale, lo que está marchando mal.

Nos acomodamos en la conversación, buscamos palabras que nos sean afines. Me expresa sus inquietudes, me va entregando algunos de sus desconciertos. Confía en mí, es algo que me conmueve, casi ni habíamos hablado antes. Los asuntos que trae son honrados, justos, constructivos. Va desgranado sus argumentos, con rigor y sin ínfulas.

En pocos minutos don Guillermo y yo hablamos como viejos amigos. Pensamos juntos en la universidad, en lo que nos aqueja, en los errores y los logros, en los potenciales y los vicios renuentes.

Pronto me doy de cuenta que él no espera nada particular de este encuentro. No hay premeditación y no hay cálculo. Tan solo quiere hablar. Siento que me estima, me dice que ha leído algo mío.

Después de un buen rato, me voy sintiendo extrañamente a gusto. Pienso: con los colegas no hablo mucho, me doy cuenta de que no tengo casi amigos derivados de la afinidad intelectual.

Por lo general entre los profesores se van imponiendo las competencias. Casi ni un solo destello de fraternidad. Me digo: eso es natural, los que enseñamos filosofía solemos ser huraños.

Con don Guillermo todo eso se desarma. Queda la piel de las palabras. Ninguna jerarquía, sólo respeto, mutua consideración, las frases van desnudando las intenciones.

De pronto sentimos que estamos en la universidad, que esa conversación es ella, un regalo de ella, acaso más real que los muros, los espacios, los planes.

Y esta amistad súbita, ligera como el viento que corre, callada como la luz, desnuda y feliz como la hora que es sólo tránsito.

La vida en la U. ofrece momentos así. A cada rato un encuentro, un saludo, una sonrisa de cordialidad. La muchacha que limpia, el jardinero, el muchacho de los correos. Una universidad de seres que aman estar aquí, al lado de los que estudian y enseñan.

Y cómo habla de bien don Guillermo: afirma y a la vez duda, es abierto sin ser disperso, no sienta cátedra ni es conclusivo. No pone entre los dos una cita libresca. Abre entre él y yo un margen de error que nos estimula a ir y venir entre las razones que mutuamente nos damos.

Don Guillermo respeta la universidad por encima de todo. Me dice que es su vida y que si me buscó es porque quería mi opinión, hablar conmigo, oírme y que lo oyera. Y nada más, como en toda conversación que merezca ese nombre, nuestras palabras se apagan con el breve fuego que ella alimenta.

Le duele la burocratización, la anomia, la indiferencia, la falta de oídos, la lentitud que se parece al desdén, la carencia de un buen clima entre los compañeros, la suficiencia de los jefes, la pobreza de compromiso y amor.

Me dice sobre todo eso: la universidad es un sitio para hacer valer el amor. Él empezó en la universidad hace muchos años, tal vez como mensajero y ahora auxilia con devoción el mundo de los libros.

En esa pequeña sala en la que he impartido seminarios, siento que estoy de pronto con alguien. Llevamos allí un largo rato, a mí el tiempo se me ha ido como un aleteo.

Con el mismo respeto con que me saludó, don Guillermo se levanta y se despide. Me dice con emoción inocultable y a la vez discreción que se va pleno, feliz, satisfecho. Yo tomo sus palabras al pie de la letra y le digo lo mismo. Sólo que él, mientras me lo dice, se lleva ambas manos al corazón.

Bondad

PASÉ UNA A una las hojas del año próximo y leí
con fruición cada uno de los meses

Me dejé llevar por el gozo con cada una de
las fotografías

Y sentí desde ya la incertidumbre, que no la
da una agenda, sí un cuaderno

Y en cada palabra un consuelo y a la vez la
pregunta: dónde iremos, qué viento nos llevará,
hacia qué aguas que no sean la desolación y la
pena

Y de pronto sentí que somos ese leño *que
arde en el tiempo y no se consume*

Y pensé, ahí están los días, como si hubieran
pasado ya

Si alguien los escribió es porque ya se fueron
o están volviendo y nos recuerdan que nos vamos

Como el silencio en el viento y los gritos en la
lluvia y los silencios del amor

Callando y cayendo, entrando en el dolor que
el gozo ilumina

Y me dejé contagiarse por esas palabras y creí todo lo que me decían

Y pensé en una, la que dice lo que está por encima de nosotros, lo que no se nombra ni con el nombre que le dieron

Lo que se esconde en ese vocablo para seguirnos llamando

Ésa era la palabra, la hubiera pedido, como se invoca a alguien cuando uno está solo

Esa palabra y no otra, esa en nosotros, en la que estamos juntos sin desesperar

Palabra que implora la ausencia de dios

¿Qué dice ese nombre? ¿Dónde nos lleva?
¿Por qué no se queda entre nosotros?

En alguna ocasión el filósofo Lévinas “transmitió su sorpresa ante el hecho de que algunos pensadores hayan podido imaginar que el asombro ante el hecho de que haya algo más bien que nada fuese el punto de partida radical de la metafísica. Luego añadía que, en su opinión, el hecho de que, sobre una tierra tan cruel como la nuestra, algo como el milagro de la bondad haya podido aparecer era infinitamente más digno de asombro”

La bondad arrastra y no arrasa, invita y no vence, arde en nosotros sin consumirnos

Es la chispa de amistad en la noche de la sangre

Y en la sabiduría de esa noche un destello, la dulzura de una mano en la oscuridad, los dedos que guían y no sueltan

Y pensé: es dulce este tiempo, lento y sabio, un tiempo que viene desde el futuro y nos trae consuelo

Y ha de haber alguien, uno nunca está solo, en el peor de los momentos una mano se abre y escribe en la arena el nombre de uno que el viento se lleva

Confianza

HAY PALABRAS SIN las cuales no sabría vivir. Al pronunciarlas los días se hacen buenos y pródigos y simples.

Entre aquellas que agradezco por haberlas encontrado en mi orilla, prevalece la palabra *confianza*.

La confianza es un lazo para atravesar mi río insondable.

Es más fuerte que el resentimiento, apaga la venganza, suspende los sentimientos arteros.

El vivir es recio y vasto y peligroso. La confianza suaviza, dulcifica, consuela.

Uno confía en alguien, ese alguien tiene un rostro, habla e interpela. En el ir y venir de las mutuas incertidumbres palpita un corazón compartido.

Las más bellas expresiones brotan de allí: *puedes confiar en mí. Pase lo que pase me tienes. No te inquietes, no te fallaré.*

Si entre nosotros se ha vuelto una virtud privada, casi íntima, va siendo hora de que vuelva a enlazarnos, para librarnos de las comunidades ruines y la miseria.

Conversemos

CONVERSAR PARECE ALGO simple. Acaso sea de las pocas cosas que acarrea misterio.

¿Cuál es ahí el enigma? Conversar es desconocerse, salir en busca de uno. En esa travesía el alma se desinstala, la sensibilidad se depura, la inteligencia encuentra su palabra.

Creo que casi nunca se conversa, si entendemos por ello un acto de invención. Hablar es moverse en terreno movedizo y rozar ahí algo nuevo.

El fardo de lo ya experimentado pesa tanto que hablar exige en principio un desalojo: uno se libera de lo que cree, lo que teme o espera.

Conversar es desaprender, desprenderse de algo, de uno, de todo.

Una vez sueltos, los conversadores se mueven a tientas. Se abre ante ellos una vasta llanura, un mar o un lago: esas imágenes dicen la amplitud, lo insospechado, lo abierto.

Conversar “no es evolucionar sino viajar” (Pessoa). La conversación no progresa, a veces

regresa a su punto de partida y hay veces también en que uno viaja sin moverse, conversar puede llegar a ser un “viaje inmóvil”.

Uno invita a alguien a su casa para sentarse a conversar. Pero no se crea que se trata de un divertimento: conversando se juega lo esencial: si se los mira de lejos, los hablantes inspiran una gravedad que pocas situaciones poseen.

Por eso toda conversación es reservada. Hay algo discreto en ese juego: allí se apuestan vidas que tocan, en su oscuridad, su fondo más claro.

Creo que la universidad es un laboratorio de conversación. En ella se ligan lo personal y lo universal, lo que uno cree y lo que quiere aprender.

Sin la sustancia viva de los conversadores el saber se vuelve neutro, sin voz. El fuego se apaga y el conocimiento se hunde en fórmulas huecas.

Por eso resulta tan importante que se abran nuevos espacios y se fortalezcan los que existen: el aula y la cafetería, el prado y las mesas de estudio, los corredores y los auditorios. Y por supuesto también, los llamados espacios virtuales, menos reales que los otros por nuestra declarada impotencia.

Hay momentos en que la universidad es un hervidero de conversaciones. Son los momentos

más bellos y a la vez los más verdaderos. Muchas de esas charlas no se oyen, son un murmullo silencioso que no interrumpe ni veda las inteligencias.

Ese rumor sostiene los saberes que buscamos, sin esos ecos recónditos la universidad encalla en la sordera de los sabihondos.

Me inclino a creer que son esas conversaciones las que alientan nuestra fe en lo humano y en aquello que hace que no se hunda en su lodo: aquellas palabras gozosas y quedas que brillan en los labios de los conversadores.

¿Por qué hablo de esto? Acaba de crearse en la Universidad una Comisión de Ética. Y hay algo que me asusta de ese espacio: la grandilocuencia de ciertos discursos relacionados con eso y la rigidez que adoptan sus detentadores.

Los valores están cansados de la generalidad y la abstracción. Y más cansados aún de la actitud prepotente de aquellos que dicen actuar moralmente a todas horas.

Quisiéramos que en la Universidad prevaleciera una actitud dispuesta a reconocer la fragilidad de lo humano. “El bien es frágil” si se me permite la paráfrasis. No es un valor fuerte, el bien no es una roca. Es como la hierba y el viento que lleva.

Una ética de la finitud, que deje sentir nuestra vulnerabilidad. Desprovista de ínfulas, sin apelar a valores incuestionables. Palabras para escribir entre todos, sin vigilancia ni mandato.

Esperaríamos que esta comisión no pontifique ni exija ni demande. Nada de códigos que mutilen la aventura que hay en tomar decisiones.

Ojalá que sepa recoger como un caracol lo que decimos en la Universidad, movidos por la aspiración a la verdad y la justicia, y que no traicione nunca esa cadencia.

Uno imagina una universidad en la que el que quiera venga a conversar, con palabras que se sostengan en el rigor del estudio y la solidaridad.

¿Será que conversando llegará a saltar entre nosotros ese destello?

Invocación al silencio

EN ESTOS DÍAS estuve trabajando en la SIU. Me sorprendió que allí el tiempo rindiese tanto, que el trabajo se hiciese tan liviano. Me pregunté por qué.

Con completa naturalidad Gloria Molina dio la explicación: se debe al silencio. Eso me alegró, que un silencio así rodee a nuestros investigadores, que salga de ese espacio como si fuera aire.

Y pensé inquieto: el ruido se está metiendo en la ciudad de los universitarios. Pero cómo, me pregunté, precisamente aquí, donde uno viene a aprender a callar para poder oír, con un silencio que deja hablar primero al otro.

Lo que nos pasa es grave: sin silencio no hay preguntas ni magisterio ni experimentación. Sin silencio no es posible cultivar las disciplinas.

De golpe casi hay que gritar para que a uno lo oigan. Pedir que le presten a uno atención es inútil, siempre hay alguien que vocifera. De la

noche a la mañana casi resulta imposible ponerse a estudiar.

No es poca cosa lo que estamos perdiendo. Ahora que abogamos por más espacio, parece que no nos damos cuenta de que el modo de conservar el que tenemos, es conquistando en él su silencio.

Un espacio académico sin silencio se vuelve estéril. El ruido es el desierto de la palabra, el hueco que la devora, la sequía que la ahoga y amordaza.

Hay que recuperar ese silencio si queremos que este mundo se mantenga. La garantía de que el mando sordo no se apodere de él está en velar por el silencio pensativo que guarda.

¿Qué nos está pasando? Este ruido es un frenesí, un vértigo. ¡Qué gritería sin dirección!, parece una desesperación contenida, una terrible epidemia.

Es un ruido que sale de dentro y se apodera de todos. Lo irónico es que brota al lado de la biblioteca. Eso me parece un absurdo, ¡que eso suceda en el alma de la universidad!

En momentos así: ¡cuánto tendríamos por aprender de los sordomudos que hunden los dedos en las palabras sin perturbar!

El silencio es la tierra de la que brota la palabra. El silencio es palabra de acogida, acogida que damos a todas las palabras.

La palabra silencio llama el silencio de la palabra. El silencio da palabra, pule las que importan para que no vuelvan caprichosas o mortíferas.

Es hora de pensar en eso, nos estamos volviendo gritones, si la voz de la universidad aspira acoger todas las voces hay que hacer que callen los altavoces.

Alcanzo a decirlo con estas palabras que el silencio me da. Pido que vuelvan a él para poder oírlas.

Si queremos que nuestra ciudad universitaria nos acoja, empecemos por hacer un minuto de silencio o más bien, esparcir minutos de silencio por todas las horas.

Invocación al silencio. El nuestro está hecho de todas aquellas palabras, que a lo largo del tiempo, han brotado de corazones parcos en su sabiduría.

Señor de los bulliciosos: apártate de nosotros. Deja que nos habite ese pequeño dios inteligente que se pone a estudiar.

Dejar las palabras tranquilas

HAY PALABRAS QUE se usan para desaparecer, nos escondemos en ellas y ocultamos el rostro.

Funcionales como pocas y por ello tal vez huidizas, no parece haber personas, una voz recia, monótona, en muchos casos contestataria y hostil.

Puede que las amemos por lo que significó ir las tramando con todas sus letras. Pero las palabras se cansan y empiezan a decir siempre lo mismo, un solo sentido entre tantos rodeos.

A lo mejor cuidar el lenguaje suponga *dejar descansar a las palabras*, abandonarlas a su suerte, que viajen solas, que se descarguen y aligeren. Quizás vuelvan algún día y digan lo que habían callado con tanto celo.

Es de suponer que las palabras quieran estar solas. Los hombres las llevamos, son nuestro traje en el frío, nuestra respiración en el ahogo, nuestra agua y también nuestra sed.

Le pasa a la universidad que las palabras se le fatigan: movimiento estudiantil, claustro, estamento, texto, discurso. Esas palabras hace tiempo quieren quedarse calladas, resguardarse de tanta contienda.

Qué viajes hacen ellas sin darnos cuenta. Con una vida que no alcanzamos a recalar. Lentas, veloces, voladoras. Las hay también subterráneas, aquellas que cavan como un agua terca.

A quién no le ha ocurrido oír una palabra y quedarse perplejo. Alguna vez la había empleado, a lo mejor la pronuncie cada día y sin embargo, de pronto, la oye en otros labios o en el vuelo de alguna página suelta.

Las palabras son el hombre y deshacen al hombre. También nos llaman y se alegran al vernos. Ellas son nuestra libertad y al mismo tiempo no nos sueltan. Dejan de ser nuestro espejo y entonces nos volvemos todo oídos.

Oír una palabra sin posesión, sin apego. Dejarse llevar, ir siguiendo su estela. Las palabras son alas y pasos y aliento. Animan nuestra sangre por ariscos senderos.

Eso nos pasa, comprendemos de pronto que no son instrumentos. Ni dóciles ni serviles, no quieren decir lo que les dictamos. Nos tratan de

tú a tú. Las palabras nos llaman, se abren, nos dejan morar a su sombra.

Pero pasa también que nos deleitamos royendo su cáscara hueca. Nos miramos y simulamos entender. No entregamos nada que nos exija más allá de nuestro léxico común, su gastado aderezo.

Sabiendo que hablar es no entenderse primero. Más bien asombrarse con el timbre de una voz que no pide ni ordena.

Las palabras nos piden dejarlas tranquilas. Con voces desapegadas y frágiles. Nada de gritos. Fuera de tonos admonitorios y frases sabihondas.

Para podernos comprender es menester que oigamos primero. Las mejores palabras son humildes: el llamado y el saludo, la cortesía y la invitación.

Las ciencias duras tendrían que aprender a saludar, esperar, responder, volver a decir. Parecen tan seguras que no dan confianza. Mientras el verdadero conocimiento cavila, tropieza. Qué miedo produce un habla que afirma siempre y nunca vacila.

Nos hace falta un tal vez y a lo mejor y no estoy seguro. Tendríamos que concedernos el derecho al tartamudeo.

Ni qué decir tiene el discurso, la jerga de la política: compañeros, camaradas, militancia, consigna, y la frecuente aridez en los espacios, reuniones, asambleas, claustros, comités, consejos. Cuando en verdad, eso pienso, personas, lo que se dice personas, casi no nos reunimos a hablar con las palabras.

Creo que hay que apelar, a fin de alejar de nosotros la aridez de palabras, al tú a tú, el cultivo directo de un habla discreta. Y a lo mejor, desde ahí, a comunidades dispuestas a decir palabras de manos abiertas.

Una buena manera de dejar tranquilas a las palabras es aprenderse los nombres de las personas: cada uno en su nombre que es la mejor manera de alejar a la muerte.

Cuidar las palabras para no irse muriendo dentro de ellas.

Las razones del corazón

PREFIERO EL CORAZÓN. Siempre que acudo a él me responde. Con dulzura o dureza, asordinado o frenético, está siempre ahí, dentro mío.

En alma es huidiza, hay que estar una y otra vez interpretándola. El corazón, por el contrario, activa su música, su latido son mis pasos, mi respiración y mi sangre.

El alma ni siquiera sé dónde hallarla. ¿Acaso se escapa por los rincones? Inasible, tropiezo con ella una que otra vez. Repta en mis extravíos, espía mis atenciones y mis rodeos. No me deja tranquilo. Dudo incluso que exista de lo entremetida que es.

El alma carece de música, me digo, cómo se puede confiar en algo que no emite sonidos.

¡Qué diferencia el corazón! Todo él amigables compases. Ayuda a suavizar las penas, apura los instantes eternos, forcejea con el aburrimiento, deja que la rabia se escape con el aire que inspira.

El corazón atempera los sentimientos, amansa las pasiones, intensifica los goces. Dice “acaso sea así”, recuerda a cada segundo que somos y no somos.

Por el contrario, todo en el alma es contundencia. Se asocian a ella los más crueles cilicios: los deberes, los intangibles morales, las órdenes. Toda obediencia sale del alma y a ella regresa.

Amo las razones que tienen corazón. Aquellas que son sólo alma no me merecen confianza. No me atraen las palabras que brotan de almitas juiciosas y avaras. El que tanto pondera el alma a lo mejor quiere darnos motivos para obedecerle.

Mi corazón oye, mira, olfatea. El conocimiento tiene en él su órgano fiel. Los objetos, los métodos, los instrumentos de las ciencias, se afinan allí. Los conceptos y las certezas son el humo que sale de su combustión.

El corazón arde mientras el alma está fría. Creo que ella es una especie de ceniza que quedó de fuegos antiguos. ¡Es tan precavida, tan reflexiva, tan omnisciente!

Al alma se la asocia a la conciencia, cuando se persigue, se figonea, no se deja a sí misma tranquila. Por eso se vuelve fácilmente mala conciencia. Uno se sufre desde el alma, ella camina por el cuerpo regando tristeza.

No solo el cuerpo individual, singular, el cuerpo íntimo. También el cuerpo social está dolido por tener tanta alma. El alma es la demasía en el cuerpo.

El corazón es un punto de encuentro. No pretende ser un centro, no recela ni retiene nada. Todo lo que llega a él sale incitado a seguir su andadura.

Lo mejor de nosotros, nuestra generosidad, nuestro empeño, nuestro desprendimiento, nuestra creatividad, y también la paciencia, la compasión, la comprensión, la confianza, todo eso el corazón lo modula, lo anima, lo empuja. Lo otro es la rectitud, entre piadosa y calculadora, de un alma meticulosa y monótona.

Volver al cuerpo. Aprender a oír el corazón en su tambor inquietante. En el pecho del ser amado, en las palabras de un extraño, en las manos que llaman y en las que se abren.

El corazón temple el dolor, atempera las alegrías, riega nuestras vidas con palabras que son sus afluentes discretos.

Le propongo al señor Rector que abra un concurso para buscar un lema para la universidad capaz de hacer resonar *las razones del corazón*.

Lugares

PISO 3 DEL BLOQUE 12, mirando a occidente, el balcón de bibliotecología, allí, hace ya tiempo, leí con un estudiante la “Oda marítima” de Fernando Pessoa, de un tirón, ambos arrobados con ese poema vertiginoso.

Vuelvo aquí por el solo gusto de mirar este verano, la desnudez del aire, la línea que dibuja la montaña, como si la trazara la mano de dios. Por estos días las montañas de Medellín son azules y se levantan serenas y flotan en un cielo inusitadamente limpio.

Unos minutos y doy la vuelta hacia el pasillo, ahora solo, silencioso, como si no hubiera nadie, supongo que están en las aulas pero no miro ni intento saber, siento que voy sin rumbo por la universidad.

Bajo al primer piso, hay estudiantes en las mesas. Me gustan por estar ahí, en el marasmo del calor y la tarde, en la serenidad de esta hora compartida.

Me encamino hacia idiomas, doy la curva, presiento el agua de la fuente, nunca me ha gustado esa escultura, me parece retórica para la universidad, demasiado erguida y patética.

Pero hoy no pienso en eso, el viento se humedece y los transeúntes corren alegres, se dejan mojar, el agua los roza con sus dedos ligeros.

Recuerdo de pronto el bloque cinco. Me dirijo hacia allí. El tiempo gira en torno mío, me envuelve. Hace años descubrí mis poéticas en esos parajes, en unas mesas que miraban a los muros, de madera interminable, en sillas que le permitían al lector aislarse, encontrar su intimidad.

Yo leía a Henry Miller, su voz clara y potente. Son otros tiempos, me digo, no volví a leer a Miller, pero recuerdo esas tardes y esas mañanas, tiempos ya idos, sentí que se lee una sola vez y que aunque se relea, esa única vez no se compara con nada y que la universidad es un lugar y que éste es uno de los más entrañables para mí, aunque no estén ya esas mesas la memoria sigue guardándolas y me despido de Miller y sonrío agradecido.

Voy en busca de un café. Hay una burbuja que quiero, en la época de mi comisión administrativa iba allí para estar solo un momento, con frecuencia me encontraba con alguien y, a pesar

de mi timidez, terminaba charlando y me alegraba y regresaba a las labores con un misterioso contento.

Me tomo el café, esta vez me quedo solo, me doy cuenta de que uno puede estar solo y lo disfruto. La tarde sigue resplandeciente. Corre un aire como de gasas, un fresco que calma la sed.

La universidad es ahora un murmullo, no se siente griterío ni prisas. Pienso que es una hora perfecta. Veo caminantes, no conozco a nadie, nadie me conoce, estamos juntos y a la vez separados. Cada quien por su lado. Sólo que no parece haber ni aprensión ni inquietud.

Me dirijo, sin saber qué me lleva, a un murito del bloque 9. Aquel en que me encontraba hace años con mi amigo A cada tarde, a las 2 pm, para ir a buscar un salón y leer juntos a Michel Foucault, eran los años 70, pululaban los grupos de estudio, los de Zuleta, Nietzsche y Marx y Freud, nosotros leíamos un libro difícil y perfecto, *La arqueología del saber*, estudiábamos sin prisa, descifrábamos. Se nos iba la tarde sin darnos cuenta.

A Foucault lo he querido desde entonces, después supe que exigía a sus amigos para entrar a su casa decir de memoria un poema de René Char. Mi amigo adoraba a Borges y en medio de

la lectura del filósofo me leía poemas que todavía oigo, lo veo leyéndome, en un salón del bloque 9. Y siento ahora en este murito que en ese tiempo fui feliz y que amo la universidad desde entonces y que mi apego a este lar viene de esos días.

La tarde está cayendo, me voy a dar una vuelta por el teatro al aire libre, miro los girasoles, me parece hermoso que este sea un jardín de esculturas y me pregunto por qué no habrá conciertos aquí, es un sitio para encuentros hermosos, está algo deteriorado, parece un coliseo romano, las piedras, los peldaños, el musgo, todo aquí respira vida y poesía y música solariega. Este es uno de los lugares más bellos y habría que hacerlo vivir más intensamente.

Hay ahora, cuando la tarde se va, muchachos y muchachas y parejas y todo parece transfigurado y me siento inmerso en esta luz delicada y acogedora, tanto que querría quedarme y encontrar a alguien y ponerme a conversar, hablarle de quien soy y lo que siento, de esta melancolía serena que sólo los recodos amados evocan y dan.

Camino hacia el parqueadero del bloque 12, busco mi carro para irme a casa, pero me detengo, hay unos estudiantes practicando con sus instrumentos, es el parque de los músicos, los estudiantes de artes, me quedo ensimismado,

acordes repetidos que me suenan a música divina, es la universidad me digo, quiero irme a la zona de los deportes, allí jugué tenis en otro tiempo y troté y me enamoré.

La noche me toca la espalda con su sombra, me alejo y vuelvo por mi rumbo. Siento la dicha de estar en alguna parte. La Universidad es un lugar, una diversidad de lugares, deja que retenga por un instante el día que se va.

Mi profesor de ping-pong

ME ENCONTRÉ CON Paulo después de varios años. No lo veía desde aquella época en que dirigí su monografía. Tenía de él un recuerdo grato, alguien estudioso y atento.

Las circunstancias eran ahora distintas. Lo vi jugando ping-pong una vez en las mesas de la U. Pensé: puede ser ese mi juego, ansiaba volver al deporte y dado que la cancha grande y la raqueta de tenis me desbordan con su exigencia, sentí la ventaja de esa reducción.

Le pregunté si estaría dispuesto a jugar conmigo, enseñarme ese juego. Gustoso me dijo que sí.

El primer encuentro fue una revelación. Por un lado sentí que no era ignorante del todo, que algo sabía y que practicar conmigo no iba a ser para él aburrido. Pero a la vez ese deporte deja que conversemos. Y fue ahí donde otro juego se abrió.

Paulo es tremendamente serio y concentrado. Indica, reflexiona, corrige. Con frases certeras me va diciendo lo que debo hacer, lo que me toca

corregir. Al mismo tiempo suelta perlas de extraordinaria verdad y belleza.

Me dijo, por ejemplo, ante mi furor de principiante: no hay que golpear la bola con el golpe que trae, hay que imprimirle el propio.

En ese momento pensé: debo escribir y tomar apuntes, abrí mi cuaderno y lo puse en la mesa del lado. Paulo no se sorprendió, tiene el don de la naturalidad, no vio en mi gesto nada extraño ni excéntrico.

Me dijo también que el cambio de posición es la duda, que en un solo momento se decide algo, que hay que estar atento y a la vez actuar. La duda asalta y resuelve.

Emplea con entera seguridad tres palabras para decirme lo que está sucediendo: intuición, premonición, desplazamiento. Hay que sentir de golpe lo que está por pasar, estar seguro y responder, desplazarse movido por el justo chispazo.

Pensé: es como la sabiduría china, una especie de poética taoísta. Leo por estos días uno de los libros de mi vida: *Las veinticuatro categorías de la poesía* de Si Kongtu. Empecé a sentir resonancias.

Paulo me dice que para él el secreto está en no obsesionarse con las debilidades de la otra persona, eso lo vuelve frágil a uno. Lo dice más

como un gesto de lealtad en el juego que como una estrategia para el éxito.

No desprecia la emulación, le gusta ganar, lo defrauda perder. En eso no es conformista ni propenso a la justificación de la derrota por una pretendida condescendencia.

Pero sabe que ganar es sólo una parte, que su tiempo es lo interminable, que el juego más exigente de todos es la conversación.

Hablamos y jugamos y de tanto en tanto voy a mi cuaderno, apunto algo, no quiero que nada se me pierda.

Sabes que lo que no puede ser atrapado, /
puede ser, sin embargo, oído (Si Kongtu).

Paulo me dice que ha sentido el juego como una forma constante de aprender a respirar.

Insiste en que no hay que olvidar el disfrute, la fruición, la dicha del escaso momento.

En el ping-pong todo es pasajero, un ir y venir que trae y lleva el instante sonoro.

En ese punto, Paulo menciona dos palabras que son tan raudas como su sabia raqueta: lo inmediato y lo aleatorio.

Pienso que es eso, lo que no da tiempo, lo que no deja que uno se prevenga y cavile, la reacción,

la subitaneidad. Pero a la vez la capacidad, extraña, nunca asimilada, de recibir con certeza lo que no sabemos de dónde viene.

¡Ojalá tu camino apunte siempre más allá! /
pero demórate en los senderos ocultos, retirados (Si Kongtu).

Le hablo del accidente, del azar. Me dice que no, que prefiere no calificarlo: todo parece rodeado de una lógica poderosa. Como si el accidente fuese la más imperiosa razón, el cálculo prudente y exacto.

En medio del juego le pregunto qué lecturas hace: me cuenta que leyó con unos amigos a La Rochefoucauld. Le pregunto si recuerda algo. Me dice esto, cree que es literal: “la ferocidad natural del ser humano no lo puede hacer tan cruel como el amor propio”.

Me quedo impresionado. Algo de ferocidad hay en mis golpes con la raqueta, defecto de principiante, signo quizás de mi carácter apasionado.

Entiendo entonces que aprender a jugar puede llegar a ser aprenderse. Desprenderse de aquellos fardos que ni siquiera la escritura ha logrado limar.

No escribir ni una sola palabra / para dominar el estilo perfecto (Si Kongtu).

No asumo el juego como una metáfora. No es por supuesto la intención de Paulo. Aunque ambos creemos —y nos decimos eso en ese momento— que hay un puente, que jugar y vivir se parecen, por las reglas, por la precisión y también por la dicha, lo imprevisible, la creación de lo que no existe.

Igual que el último brillo de la luna en el alba / igual que el soplo vital cuando el otoño declina (Si Kongtu).

Nos detenemos un poco en la sentencia del pensador francés. Paulo me dice que le asusta la vanidad y que cree que es cierto que ella puede hacer de una persona un monstruo.

Para ese momento me doy cuenta de que la universidad me permitió que un alumno mío se volviera ahora mi profesor.

Paulo aprovecha para decirme que lo que más le interesó del aforista francés fue su inquietud por la amistad. En la actualidad piensa mucho en eso, es el problema que le da vueltas, acaso porque es lo que más cuenta para él, de su trato

con la filosofía le quedó la convicción de que no hay problema que merezca atención si no compromete por entero la vida propia.

Lo que se logra a través de la naturaleza y los afectos // es tan sutil que no puede ser buscado (Si Kongtu).

Al final de una sesión me dijo una cosa que todavía va y viene en mi cabeza: “para el que tiene poco eso debe ser suficiente”. Se refería a lo que el juego da, que es nada y todo si no se juega por ganar. Es el juego, lo que se apuesta mientras el tiempo se va.

Hoy volví a encontrarme con Paulo después de dos semanas. Me llamó y me insistió para que volviera a jugar. Incluso me dijo que había temido que yo hubiera desistido tan pronto.

No fui capaz de decirle que estuve pasando por unos días de dudas. ¿Jugar a esta edad? ¿Ejercitarme yo que no hago sino cavilar? El pensamiento de la vejez y la fuga del tiempo como deporte.

Cien años de vida se pasan volando // y lo más preciado se convierte en ceniza (Si Kongtu).

Pero volví y me sentí de nuevo contento. Paulo me dijo hoy que murió su abuela, que no le gustan los ritos con la muerte, que cuando se enteró se puso a escribir en su cuaderno.

¿Por qué causa dolor la muerte de alguien querido? ¿Si todos los días hay muertos por qué no se sufre por todos ellos?

Le pregunté por su conclusión. Me respondió que cree que la muerte de los seres cercanos recuerda la propia y de algún modo secreto uno agradece.

Dedicó el final de la clase de hoy al ejercicio libre. Le dije que de todos era el que más me había costado. Él, de un modo simple y directo, me dijo: es como en la vida.

*Lo auténtico no debe ser tomado por la fuerza
/ lo deliberado es el fracaso simplemente (Si
Kongtu).*

Ante mi insistencia de retribuirle las clases, me dijo que él no me quiere cobrar, que no le parece bien que se interponga el dinero. Y agregó: “además este espacio, estas mesas, son un espacio público. Cobrar por usarlas sería algo indebido”.

Lo que enseña la filosofía

CREO QUE LA FILOSOFÍA no se puede enseñar. ¿Será acaso que puede enseñarse su amor?

Como sabemos, *la filosofía es el amor a la sabiduría*. Intentar comunicarla equivaldría a enseñar el amor de ese amor.

Pero el amor no se transmite, se comparte. Por eso son tan escasos los buenos profesores de filosofía: muchos de ellos enseñan algo pero no trasvasan el amor por lo que enseñan.

Amor a la *sabiduría*: esta palabra se ha vuelto engañosa. Cuando en realidad apunta a saber lo que importa. Y ante lo que vale la pena, la indagación tiene que ser apasionada, comprometida, incondicional.

¿Sabiduría de qué? No puede ser de algo que esté por fuera de uno. Al creer que es así, se desvirtúa ese apego, se lo vuelve una frívola inquietud, un neutro interés en esto o aquello.

Ese saber lo incumbe a uno, apunta hacia uno. Lo conjuga a uno con los otros, que es lo

que pasa cuando el verbo *ser* actúa como cópula: de nuestro pensar y nuestro hacer, de nuestro querer y decidir.

Entre tanto, ¿qué es lo que realmente importa? Los filósofos lo han definido como aquello que despierta nuestro asombro: lo que es, el que las cosas sean, el hecho palpable de la simple existencia.

Dicho con una fórmula más justa, lo que asombra es, como pensaba Leibniz, *que haya ser y no más bien nada*. En el filo de esa disyuntiva se pone a prueba aquel amor. Por esa línea se mueve lo que nos toca: el nacer y el morir, el bien y también el mal, lo terrible y también la belleza.

Pero uno se pregunta si esa fórmula que ha guiado el quehacer de los filósofos no esconde aquella otra, más urgente, y quizás por ello más cierta. La plantea con entera contundencia Lévinas: *cómo puede existir el bien en un mundo tan inhumano*.

Amor a nuestra condición abismal, es eso lo que nos pide la filosofía. Es debido a ello, creo yo, que es la más arrojada de las ciencias. Sabiduría que pastorea al hombre por el risco del dolor. Y que lo empuja al bien, el nombre más alto. Porque, *más allá del ser está la bondad*.

La filosofía es la sabiduría de la fraternidad en medio de lo intolerable. Presentimos que en algún momento, en la noche del mal, habrá un destello. Y que ese destello surge siempre de la sangre que la sevicia riega.

La filosofía recoge esa sangre en el cuenco de una palabra justa. Entonces su decir libera a las víctimas de la mordaza. Siempre es así, esperamos que sea así, a lo mejor muy pocas veces ha sido así, por desgracia la filosofía ha estado con frecuencia comprometida con un logos mortífero.

Para el mencionado Lévinas la filosofía ha sido en su raíz responsabilidad por el otro. Política de la amistad y la solidaridad. Para que llegue a ser así, debe atreverse a hablar en tiempos aciagos. Ese saber es de los más escasos. Nuestro lenguaje está invadido por el poder e incuba violencia.

Como parapeto a la irracionalidad y la muerte, la filosofía anuda su palabra.

El amor a la sabiduría lleva a su máxima tensión el socrático *sólo sé que nada sé*. En la exigencia de ese no saber, corazón de la indagación filosófica, resuena la lúcida inversión propuesta por Lévinas: *La filosofía es la sabiduría del amor*.

La frase única

ESTARÍAMOS PREPARADOS para salir a buscar. Una sola frase, abierta a todos, dócil y esquivada como la arboleda o el mar.

Una frase dispuesta a llevarnos por el silencio hasta nosotros mismos. Una frase maternal, sabia y discreta.

Nos cansa a veces que haya tantas palabras. Y con ellas tantos modos de perderse en el mundo. Gritos, interjecciones, mandatos. Nos sentimos intimidados por nuestra babel.

Una frase única, la misma en todas las lenguas. Prometedora sin evasión, rica sin ostentaciones. A la vez casi discreta, jugando a hundirse en su propio secreto.

Es un sueño y a lo mejor la escuchemos en sueños. Allí donde estamos solos y a la vez abrazados. Y de pronto una voz, también única, inconcebible en su belleza y precisión, una música perfecta, más bella que el follaje en la brisa.

Una voz que nos diga dónde ir, qué camino escoger en la noche de las encrucijadas.

Pero voces así ya no quedan. Para buscar por su nombre en el río a los desaparecidos.

Una frase. Sin estridencia o jactancia. La espera que no pide nada, el abandono sin ruegos.

¿Entre nosotros cuál sería? Cuando el conocimiento pretende haberlo dicho ya todo.

Acaso no sea de la ciencia de quien haya que esperarla. Sus fórmulas prefiguran casi todas realidades siniestras.

La ciencia que dice, ‘es preferible, presumible, previsible’. Y pasa sin consideración del dicho a los hechos. Las frases impacientes, conquistadoras insaciables.

Frases artefactos, certezas sin piedad ni templanza. La ciencia cree y crea y forcejea. La realidad le teme con razón, su boca insaciable.

Ha de venir más bien del miedo y de la compasión y del desamparo y de la amistad sin esperanza.

Dirá lo mínimo, no se atreverá a agregar ya más nada. Acaso un ‘ven’ o un ‘acércate’. Tal vez murmure, ‘aquí estoy’. Y se quedará callada y no tendrá que agregar ya otra cosa.

Cuando nos oyen esa sobreabundancia de frases que nos caracteriza, más de uno nos mira como diciendo, ‘no digas ya nada’.

Con la sabiduría que da el dolor nos pedirán que nos recojamos, que no vociferemos, que no es nuestra verdad puntuada y recitada la que calmará las heridas.

Estamos buscando, acaso sin saber, *la única frase*. Parecemos perdidos mientras buscamos. No nos rodeamos a nosotros mismos, nuestra paciencia la guarda, nuestra bondad la aguarda, nuestra intrepidez la resguarda.

Es como si una voz quisiera decirnos, ‘aparta tu lengua de esa brasa. Es hora de recogerse en el temple de un mutismo sin ansia’.

Hablar será entonces abrir los ojos. Y a lo mejor, en el muro de la ignominia se escriba algo, unas cuantas palabras, recogidas con estu-
por y sin rabia.

Porque la frase única no será con seguridad rayada con mano soberbia. Será un viento, una nube, una brisa ligera. Y será menester aguzar la mirada.

Y pasar esa frase como un anillo, de mano en mano, de corazón a corazón.

La frase de la mañana sin llanto. Las manos se encargarán de lavar en ella la sangre. Y las palabras brillarán, como brillan los niños cuando anochece.

El río

Cuando duele volvemos a algún río
Milosz

EL POETA JOSÉ Manuel Arango habla en uno de sus poemas del *río que parte en dos la ciudad*. En verdad todo gran poeta lleva en sus palabras un río, el de su infancia, el de su felicidad o su exilio.

Creo que no hay un elemento de la naturaleza que nos hable tanto como los ríos. Desde las pequeñas cascadas, *rayos entre las piedras* (Jaccottet), hasta los ríos corpulentos y oscuros que rugen en la noche buscando su cauce.

Están también los ríos que sirven de consuelo a las ciudades, que las acompañan en su desvarío y sus penas. Esas aguas van sigilosas por los recodos de los hombres, nos recuerdan discretas la noche de *la que venimos y a la que vamos* (Gerbassi).

De ese modo, cada ciudad tiene sus charcas y quebradas, sus riachuelos y senderos de agua. A

Medellín le tocó un río que separa con sus bordes desigualdades y anhelos.

Haría falta una sociología que supiese pensar ese río, una que mida su discreción o arrogancia. Suena a lugar común pero es innegable: Medellín no sería lo que es sin su río, para bien o para mal nuestros pasos siguen expectantes su huella.

El río es para Medellín *un símbolo de masa*. La expresión la inventa Elías Canetti para señalar los rasgos de un pueblo. Y cabe preguntar: ¿hemos estado a la altura de nuestro río? ¿Lo hemos rebajado, olvidado, vejado? ¿Corre sin que lo sigamos, vivimos a su vera ignorándonos?

Si el río ha dejado de hablarnos ya nada sabemos. Las razones ambientales, de cuidado y protección, arropan otras más profundas que apuntan al misterio de nuestras almas, al temple de nuestros corazones, a la dimensión de nuestras aspiraciones y lazos.

A la orilla de cada río siempre habrá alguien que piense que pasamos, que nos sumergimos y no en idénticas aguas. Pregonero de nuestra vocación terrenal, el río es para los hombres desdicha y perplejidad, alegría y sosiego.

Ahora que me entero con estremecimiento de que el río se ha vuelto lecho para nuestros

muertos, pienso en lo amargo que es nuestro destino y lo terrible de tanta acechanza.

Entre tanto, este río no se desborda, no salta, no se embravece, ha terminado por ser el fantasma de sus aguas. Está aprisionado y maltratado, en lugar de vigas hay muros que ahogan su cauce.

Me dicen que ponen varas en algunos ríos para alejar a los muertos. Parece que a los nuestros los detienen, allá abajo, con trampas.

El río reclama un nombre como si quisiera devolver el suyo a los muertos que arrastra.

Ahora que pienso en él siento que nunca nos ocupamos seriamente en nombrarlo. ¿A quién se le ocurriría llamarlo con el nombre de la ciudad?

Si nos queda coraje habría que aliviar nuestro río, algo que está en consonancia con defender la vida y devolver el respeto a los muertos. ¿O será que nos contentamos con que sea el triste reflejo de nuestra sorda violencia?

Dice Carlos Eduardo Quijano, cuidador del río y egresado de la Universidad de Antioquia, que el río ha comenzado de nuevo, en uno de sus tramos, a respirar.

Haría falta también devolverle su enigma, que vuelva a correr entre nosotros como la voz del tiempo que endulza la tierra. Sólo así se

cumpliría lo que el doctor Quijano busca y espera: amistad entre el río y la gente.

Vi una vez el río de Medellín inusualmente bello. Es curioso: la circunstancia era también dolorosa. A pesar de lo cual me atrevo a decir que había allí una chispa de secreta esperanza. Fue en *La vendedora de rosas*, de Víctor Gaviria.

Patricia Nieto, escritora antioqueña, acaba de publicar un bello libro, *Los escogidos*, en el que relata algo que es conmovedor y a la vez un aliento: cuenta cómo en Puerto Berrio, sus habitantes recogen *muertos del agua* y les dan una tumba. El nombre de ese lugar lo dice todo: *el pabellón de los olvidados*.

Hay allí ciudadanos que adoptan su muerto, le dan un nombre, le devuelven a la vida que le corresponde. Y se ocupan de él y despliegan íntimas conversaciones y ruegos.

El ejemplo es consolador, el libro impecable. Patricia Nieto abre su voz para que las voces de esos salvadores de muertos se entretengan con ellos, los rescaten del anonimato y la vana desgracia.

Lo dicen los poetas, la bondad de los ríos está en que llevan al otro lado. Sirven para pasar y aprender a concertar la vida y la muerte.

Cabe pensar en esto ahora que sabemos que hay poderes económicos tratando de cambiar el

curso del río Ranchería. Ese río significa para la comunidad Wayuu casa y dioses, memoria y sabiduría, vida y destino.

¿Presentimos acaso los colombianos las implicaciones que tiene arrancar un río de su cauce? Los wayuu lo saben, lo encarnan y están por fortuna dispuestos a recordarlo.

En culturas en las que viven juntos dioses y hombres, *la barca no viene, como en la nuestra, vacía* (Pessoa). Hay siempre, junto al hombre, un compasivo barquero.

Aún en medio de nuestra soledad nos corresponde, a la orilla de nuestros ríos, aprender a vivir si es que queremos saber algo de nuestra condición de mortales.

Imagino un concurso que devuelva algo de su dignidad a nuestro río: buscarle un nombre, que sea algo así como una petición de perdón a los que sufren por sus muertos sin casa.

Dónde están las palabras

QUERRÍA DECIR PALABRAS, oír de pronto se lento goteo.

Han de ser las mismas, simples, con sus firmes y delgadas siluetas.

El agua por el agua, la arena que se arrastra en sílabas huecas. O el árbol erguido en la oscura ventana.

Palabras que ayuden a pasar al otro lado. Que no sean muro ni enrejado ni malla.

Palabras dulces y serenas, que no esquiven el uso, ha de ser para ellas su brillo y su temple.

Sonidos para volver a decir: estoy aquí, te llamo. Que me dejen insistir, acaso rogarles.

Bálsamo para los tiempos que corren. Vocablos de la misericordia o el vano consuelo.

Palabras de nadie pero con alguien. La promesa de una puerta, unos brazos, las manos.

Quiero que vengan para sentir que vuelvo, que alguien me espera y me calma.

Un hilo que no se parta, que no me aparte, que no permita que alguien me aleje.

Al menos una para insistir, mirar en ella cuando estoy por borrarle.

Tengo miedo de enmudecer, que un día se apaguen. ¿Podría acaso soportar?

Sería como caer. Una detención en medio de gritos y armas.

Algo hiriente, un empujón en una pequeña celda. Y la boca mortífera, muda, sarcástica.

Algo que nunca habla y no deja de mirar, alguien que ciega con su negro metal. Sílabas corciantes y sordas, frases sin vida, manos sin calor y sin alma.

Quiero pedir una palabra, aunque sea de una sola letra. Me contento con una *y* o una *e* o una *a*.

La perpleja *t* sin semejanzas, erguida y valiente, una consonante sin tú ni persona.

Que quede una, que me guíe y me envuelva. Acaso un sin, un nunca, un casi. Ráfagas desnudas, veloces y parcas.

Paseo por mi diccionario, pongo mis manos sobre él como si fuera otra mano. Mi pequeña ración de humanidad.

Abundando me fui reduciendo, sembrando acabé por secar las que un día me dieron.

Hay unas cuantas que repican y quieren hablarme. No se parecen a ese que soy. Son tan extrañas como mis dedos si me pongo a mirarlos.

Me acostumbré a dejarlas ir, las gasté en las voces inútiles en días inciertos.

Es como un mal sueño, el agua a punto de desbordarse, caer en la soledad, su agujero silencioso y estrecho.

No soy capaz de seguir al enfadado, al hueraño, al callado intachable. No son para mí los votos de su agrio silencio.

Quiero hablar, que alguien me oiga. Y rogar, quédate conmigo, no te vayas, falta aún algo de noche por desatar.

Palabras cansadas, que duerman y despierten aquí. Palabras de mi lado izquierdo o derecho.

Si tuviera dios le pediría: no te olvides de mí, dame a ver los opacos sonidos del fin del mundo.

Cuando llegue la hora, ¿quién lo sabe? ¿Habrá alguien que diga algo? ¿Una sola cosa para entibiar el muro tan frío?

Sé que no hay nada pero palabras sí. Una nada con voces es ya compasión.

Y que tú seas esa sola palabra. La única, la última, una mirada al fin. El vacío sonoro de la felicidad, la plenitud, el amor verdadero.

Dame esa fe, entrégame ese sosiego. La palabra dios es dios en tiempos así.



Bondad dice Él¹

¹ Conferencia dictada como inauguración de la Cátedra Guillermo Hoyos Vasquez, 23 de agosto de 2013.

“**B**ondad dice Él. ¿Pero, qué quiere decir? No podría decirlo de manera más explícita; se refiere a un espíritu vigilante que no se deja engañar por nada, ni se engaña con nada. Se refiere a una desconfianza absoluta ante cualquier utilización de seres humanos para objetivos que deberían ser más elevados pero que solo son objetivos de otros. Quiere decir apertura y espontaneidad. Se refiere a una infatigable curiosidad por la gente a la cual comprende e involucra. Se refiere a un sentimiento de gratitud hacia quienes, si bien no han hecho nada por nosotros, nos salen al encuentro, nos ven y tienen palabras que decirnos. Se refiere al recuerdo que no descuida ni omite nada. Se refiere a la esperanza pese a la desesperación, pero a una esperanza que jamás la silencia. Se refiere también a los animales aunque nos los comemos. Se refiere particularmente a todo cuanto es más necio que nosotros mismos. Se refiere a la impotencia,

nunca al poder. Quien es bueno con el poder se inclina ante él o lo adula para protegerse: ese es malo. Él quiere decir pasión, pero una que también deje margen a la de los otros. Quiere decir asombro pero también preocupación; no quiere decir grandeza, ni presunción, ni exultitud, ni autoendiosamiento, ni tampoco la dureza y la orden con las que se subyuga a los demás. La bondad a la que se refiere está espiritualmente en movimiento y lo pone en duda todo. No se refiere a la bondad que logra algo sino a la que de pronto se queda ahí con las manos vacías. Se refiere a la capacidad de sorprenderse incluso a una edad muy avanzada. Se refiere también a la capacidad de airarse y de acusar pero solo si no le otorgan poder al airado o al acusador. También se refiere al lenguaje, con seguridad no se refiere al silencio. Se refiere al saber, pero no a una función, ni a un cargo, ni a una retribución. Se refiere a la preocupación por los hombres aquí, no a la intervención por sus almas”.

Apunte de 1969 del escritor húngaro-alemán Elías Canetti. Apunte que voy a acompañar ante ustedes, que muy de seguro no requiere un análisis esclarecedor dada su contundencia, sino más bien una especie de palabra que le otorgue resonancia a cada uno de estos rasgos en los que

Canetti encuentra apostada la bondad y reivindica, o recoge más bien esa palabra vivida, consentida, repetida, a lo mejor gastada y, que como todas ellas, las palabras pero de seguro sobre todo algunas, en particular la palabra bondad, sigue esperando por nosotros.

Quiero agradecer al profesor Eufrasio Guzmán Mesa, coordinador de la Comisión Institucional de Ética de la Universidad de Antioquia, querido compañero de trabajo, por haberme invitado y a los miembros de dicha Comisión por regalarme esta alegría inmensa a estas alturas de mi edad y de mi vida como universitario, para tomar la palabra en el silencio siempre incitante, creado por la palabra magnánima, inagotable del maestro Guillermo Hoyos; y lo voy a hacer evitando la indiscreción y manteniendo el pudor, lo que muy de seguro Elías Canetti habría hecho en un caso así, lo que hace en el apunte que les acabo de compartir, a saber, para referirse a la bondad, intentar pensar en alguien bueno, apuntar a ese alguien, acercarse a su esfera, abrirse a su irradiación, y estar decidido a probar su contagio.

Los referentes que Elías Canetti tuvo y que están acá en este apunte, para hablar de la bondad, es decir, los hombres buenos que tuvo a la

vista, lo pueden ustedes explorar en su obra. Canetti se hubiera resistido a pensar en la bondad como un concepto; si mucho como una idea, pero ante todo como una idea encarnada; pues bien, a mí la presencia tutelar, el silencio ya irreparable de Guillermo Hoyos me va a servir como referente porque lo califico a él en muchos, quizás en todos los rasgos apuntados acá, como un hombre bueno.

El primer rasgo: *la vigilancia*. El espíritu vigilante, un espíritu que tiene que estar siempre despierto, que no puede descansar, ni puede acomodarse. Un espíritu mordido por los hechos, interpelado una y otra vez por el tiempo que corre, por lo que le pasa a las personas; un estar ante, carente por completo de fanatismo, sin ninguna presuposición; desprendido de cualquier prejuicio; una especie de vigilancia desnuda, un espíritu que es capaz de olvidarse todo.

El rasgo de esta vigilancia es la humildad pues ella no puede abrogarse el derecho a ninguna arrogancia. Elías Canetti habla de una *humildad vigilante*.

Lo propio de esta humildad: su carácter de acogida. No es escudriñadora, no se atreve a

establecer juicios; es más bien una vigilancia fraterna, una observación concentrada pero no acusadora; por supuesto, se trata de una vigilancia que empieza siempre por uno.

El que quiere vigilar y custodiar empieza por custodiarse a sí mismo, acompañarse e interrogarse, para tener autoridad para hacerlo con otro. La vigilancia es un llamado, es la apelación a otra y otras personas. La palabra vigilancia acaso nos pueda resultar cruda, Canetti excluye de ella cualquier espíritu inquisidor y está justificada por el hecho de que todo parece querer engañarnos.

No podemos ocultar nuestro escepticismo: la realidad viene siempre tan velada, las intenciones suelen ser tan obtusas, los hechos se muestran siempre tan ambiguos, que es necesario vigilar en nombre de otros y por nosotros para que ese engaño no acarree nuestra desgracia.

No quiero que nada me confunda, es necesario atizar los sentidos, poner en estado de vigilancia el espíritu, no acomodarse, no conformarse, no aceptar nada y si somos escritores y somos de los que reivindicamos el espíritu como un bien precioso e inagotable, es en el sentido en que esa vigilia nunca termina.

No tenemos derecho a descansar; la vigilancia es un estado de vigilia perpetua, dado que

todo parece amenazarlo. Es un rasgo que también produce satisfacción dado aquello que vence, que logra neutralizar. Esta vigilancia es efectiva, siempre y cuando sea continua. Espíritus vigilantes, perceptivos, agudos, que no aceptan fórmulas, que están dispuestos a empezar una y otra vez su tarea.

Lo propio del espíritu es que se renueva en cada acto, se rejuvenece en cada momento, establece sus premisas en cada conversación, cada interpelación lo pone de nuevo a nacer. El espíritu no es algo acumulativo, la realidad es tan absolutamente amplia, tan impredecible que es de esperar que el espíritu tenga esa capacidad, digamos, de renovarse; incluso, ser capaz de despojarse de sí mismo y llegar a ese estado de desnudez original, hasta llegar a pagar el precio de poner en cuestión y desconfiar lo que para él significaría su cimiento, sus convicciones: la Historia.

Hemos de desconfiar sobre todo de aquello que nos resulta más legítimo, de eso que parece ser lo que más nos atrae, lo que más seguridad nos ofrece. Hasta ese punto la vigilancia tiene que ser extrema, generosa, desprendida.

Segundo rasgo: *la desconfianza*. La desconfianza que está ligada al primer rasgo tiene que

ver con la necesidad de poner en duda y rechazar cualquier intento de utilizar a los seres humanos.

Razón por la cual esa desconfianza es incondicional y tiene que ver con todo. Se refiere a las utilidades abyectas de los seres humanos: las esclavitudes, las servidumbres, la crueldad, la mediatización, la instrumentalización, la violencia física, la tortura, el castigo; pero también se refiere a formas más refinadas de utilización, que están, podría decirse, en todos los ámbitos ilustrados de la comunidad humana: la educación, las ciencias, la tecnología, los aparatos productivos, las experimentaciones, el progreso.

Elías Canetti sostiene que es difícil encontrar una región de la vida, tal y como la conocemos los hombres y como la hemos impuesto, que no convierta a unos hombres en objeto del hacer de otros hombres; y que todos los hombres nos utilizamos unos a otros de manera inmediata, pero también de manera mediata.

Hemos construido un refinado aparato, una red sofisticada en que la permisividad acerca de esa utilización no pone límites; a tal punto que todos terminamos siendo objeto para alguien, para algo y nunca tratados como fines en sí mismos, que es quizás la más preciosa máxima de la moral. Que cada individuo sea un fin en sí

mismo, que no pueda ser sometido por nada ni por nadie.

No hay ningún motivo que justifique la utilización, la instrumentalización; incluso, esa interrogación en Elías Canetti se vuelve más universal: pone en cuestión la decisión del hombre de objetivar la naturaleza y aprovecharse de las cosas y convertirlas en objeto.

Uno de los dramas más terribles de la civilización es la objetivación de todo; es muy difícil encontrar cosas. Ya cosas no hay porque todo se vuelve, en manos del hombre, objeto; y el objeto más precioso, más útil, más eficiente, es el hombre. Y hacemos de eso toda una ciencia, un arte y escribimos a partir de eso toda una moral y nos sentimos orgullosos por eso.

El hombre bueno rechaza hasta las últimas consecuencias cualquier forma de utilización: es por eso que se queda solo; casi no puede hacer nada. Está como maniatado, deshabilitado para la acción, entendida ésta como ese proceso de objetivación.

Los únicos objetivos a los que cada uno tiene que responder son sus propios objetivos; y cada persona tiene que aprender a plantearse esos objetivos. Los objetivos no se heredan. Los propósitos se inventan, surgen de la dificultad, son el

resultado de la interrogación y a uno lo tienen que dejar tranquilo con sus objetivos. La soledad existe para eso.

Cada cual tiene que buscar la manera de desatar en algún grado esa tendencia a la manipulación que es atroz y que no nos deja prácticamente respirar. Si uno intentara ver las consecuencias de ese principio de la bondad se quedaría perplejo; prácticamente no hay cosa en la que esa intención manipuladora no busque rendir beneficios.

El “*cómo estás*” esconde por desgracia la premeditación de “para qué sirves”, “en qué te puedo convertir”. En las relaciones públicas y en las privadas la utilización de los semejantes es una epidemia. Y uno diría: pero es utópico imaginarse que podamos prescindir radicalmente, totalmente de esa mediatización y ese utilitarismo y Canetti respondería: no.

Lo que pasa es que la civilización de lo útil tiene un aparato muy convincente y efectivo de olvido y negación, de culturas, sociedades, comunidades humanas, donde los vínculos no son utilitarios y por eso hay que leer mucho, escribir mucho, investigar, abrirse mucho a esas culturas. El ejemplo por excelencia para Elías Canetti de relaciones no mediatizadas por la utilización es el Mito.

En el Mito encontramos preciosos ejemplos en que cada persona es esa persona y no puede ser aprovechada por ninguna otra y se puede vivir así; es posible que pagando precios altísimos. Se me ocurre un ejemplo que es muy de Canetti para reaccionar ante esa acusación de utopía: la sociedad evocada por el Tao, por la cultura China antigua escrita en el Tao Te Ching.

Los poetas taoístas decían “Hay que volver allá porque así vivimos efectivamente y para eso es la memoria, para corregir, volver y decidirse otra vez a empezar”.

Tercer rasgo: *apertura y espontaneidad y así mismo curiosidad*. El hombre bueno está permanentemente abierto, lo capta todo, todo le llega, se contagia con todo, no establece distinguos. Podría decirse incluso que no selecciona y por ello no excluye.

No predetermina al oyente, ni al hecho ante el cual se enfrenta. Es un estado supremo de vulnerabilidad. El bueno está dispuesto a que hagan con él cualquier cosa, a ir a cualquier parte con los otros; en ese sentido, es desprevenido, podríamos incluso decir, ingenuo. Cree, acepta, acoge, se aventura. Estado precioso, según Elías Canetti.

Se justifica vivir por la curiosidad que nunca se mengua. Por la apertura que nunca se limita. Por la espontaneidad que nunca se ensombrece. Incluso, se justifica llegar a viejo por eso, porque la espontaneidad, la apertura y la curiosidad no se deterioran con los años.

Es inconcebible para mí imaginar y entender a los viejos que dicen que, a medida que el tiempo pasa, se apaga la razón y el sentido de vivir. Porque mientras más viejo se es, los enigmas son más fascinantes; por el motivo aludido en el rasgo anterior, la curiosidad se va apagando con los años, porque se va apagando el fervor con ellos, y la capacidad de la manipulación y de la acción. Pero es que el hombre bueno es ante todo contemplativo. Quisiéramos tener todos los años imaginables, incluso, nos animaríamos a imaginar la inmortalidad por el solo motivo de mantener la curiosidad.

La curiosidad tiene un motivo esencial que son los otros seres humanos. La pregunta del espíritu siempre será esa, ¿cuántos seres humanos, distintos a mí, soy capaz de proteger, de salvar de la muerte? Porque la curiosidad es un cobijo, la espontaneidad es un consuelo. El estado de apertura al que estoy aludiendo no implica una mera curiosidad intelectual sino

al contrario: una curiosidad comprometida y responsable.

El asunto es volverse una comunidad que sea capaz de resguardar a otras personas; en principio porque las otras personas siempre están en riesgo. Las acecha algo. El campo en el que el bien se cimienta es un campo minado. Esta virtud alude a un estado de emergencia, a un estado de crisis.

Hay que buscar ser bueno porque la realidad es implacablemente mala. Es como si el alma fuera un campo de refugiados y el espíritu fuera capaz de acoger esos refugiados y llevarlos a terrenos seguros en una tierra salvajemente acosada por el desplazamiento, la exclusión, la pérdida del territorio; espíritus decididos a acoger a los otros, y que en ese campo de refugiados puedan respirar, vivir, pensar, volver a soñar o, al menos, buscar que se les trate con dignidad. Esa es la curiosidad a la que Canetti se refiere, no una curiosidad objetivizante sino subjetivadora.

Cuarto rasgo: *la gratitud*. El alma buena agradece. Agradece por supuesto y, en primer término, la vida. Agradece el aire y los elementos; pero sobre todo agradece como lo hace la auténtica gratitud, sin motivo. La primera

palabra del idioma es gracias. Es la palabra por la que toda conversación debería empezar. Por la que toda relación tendría que establecerse. El que agradece de entrada, no demanda nada.

El que agradece como primer gesto no espera nada. El que dice gracias no exige retribución, no calcula. El alma buena es magnánima, todo la emociona hasta la gratitud; una gratitud discreta, que no hace que la otra persona enrojezca.

La gratitud no es altisonante, ni arrogante, no hay que estar diciéndola. La palabra gracias es el brillo de la mirada y es la autenticidad del trato.

El alma agradecida es el alma desprotegida cuando la gratitud no sella pactos y no está, por ejemplo, mediada por el dinero, por relaciones de pugna por la ganancia. Agradecer pone en suspenso al dinero, las relaciones dejan de ser de dar y recibir; en realidad, no nos damos nada, compartimos todo.

Que tan especial pensar en comunidades que no se basen en el intercambio de bienes y almas, en lenguajes que no soporten toda esa mezquindad y ese pragmatismo pueril. Qué bueno poder imaginar que no haya nada que agradecer para poder empezar a agradecer y a vivir en la gratitud. Vivir en la gratitud es vivir en la gratuidad.

Que todo sea gratis, que nada valga nada. Que todo sea de todos, que nadie sea dueño de nada.

La propiedad es un invento pernicioso y terrible y no siempre ha existido; la propiedad no es un hecho natural. Cuando nos dicen que es natural en el hombre desear poseer nos están diciendo algo mentiroso, algo que no respeta la memoria, porque hay comunidades humanas que no se han basado en la propiedad.

Para llegar a agradecer como lo hace el bueno es necesario haber puesto en suspenso, en alguna medida, la gratificación que da ser dueño. Eso es espantoso porque ser dueño significa por necesidad despojar a otros. No se puede ser dueño sin privar a otros de serlo, es una enfermedad del alma: la acumulación.

Cuando a mí no me importa ya tener nada, agradezco. En ese sentido, es un estado de ascesis tremendo, exigente. Pero, por supuesto, al mismo tiempo, y es lo que dice Elías Canetti, la gratitud es la piedra que sostiene la comunidad y el encuentro. Encontrarse para expresarse gratitud y poder fundar, a partir de esa especie de complacencia compartida, algo. Agradecemos que el otro exista, que suavice el aire que respiramos.

Que piense y nos entregue las palabras que empleamos; que duerma a nuestro lado, que

despierte a nuestro lado; que soporte con nosotros el dolor. No hay nada más hermoso que la dulcificación del dolor, en la gratitud del otro.

El que sufre sabe el motivo por el cual agradece, no hay nada que se agradezca más que el consuelo que da la presencia de los otros, el encuentro con los otros, una mirada, un gesto, una mano. Los signos de gratitud están por doquier, suceden todo el tiempo. Van por encima y por debajo de esa gratitud fingida que solo busca sacar provecho.

Lo que más agradecemos es que la otra persona tenga algo que decirnos y quiera decirnos eso, porque la gratitud ratifica que somos seres inmersos en las palabras, a tal punto que a quienes agradecemos es a ellas: queremos que haya palabras para decirles gracias. La peor manipulación es la que realizamos de y con las palabras. Convertir el lenguaje en un instrumento es un pecado: es el pecado original. Es el pecado que justifica la expulsión porque las palabras son el paraíso.

El que las palabras justifiquen todo haría que casi todo fuera injustificable y que tuviéramos la capacidad de reconocer lo injustificable, las conductas que valiéndose de las palabras suprimen las palabras; por ejemplo, cuando sometemos a otro a que no pueda hablar, cuando lo privamos

del derecho a decir “hola, aquí estoy”, “soy yo”, “reconózcame”, “escúcheme”. Todo lo imperioso, tiránico, terrible, abominable, surge del acto de quitarle las palabras a las otras personas.

Las palabras son de todos. Las palabras son la respiración colectiva. Respiramos para que haya palabras. Respiramos palabras. Las palabras son nuestro aliento y nuestro aire. Yo querría que cada uno de nosotros pensara en devolverle al lenguaje ese carácter de fin en sí mismo. Salvarlo de la masificación, de la utilización, de la instrumentalización.

Casi nada se dice en nombre de las palabras; casi nadie piensa en las palabras que dice; casi nadie oye las palabras que le dicen. La indiferencia, la negligencia en relación con las palabras es algo espantoso; por eso Elías Canetti dice: “Doy gracias porque hay alguien con quien pueda encontrarme y sostener con él una palabra, una conversación, porque puedo decirle a esa persona: aquí estoy para escucharte, soy todo silencio, soy todo oídos”, y esa palabra extranjera puede pernoctar ahí para seguir su andadura. Cuando no tengamos adonde ir hay que buscar la palabra de otra persona y el silencio de esa otra persona. La palabra es la esperanza porque ella sabe lo que es la desesperación.

Y bien, ese es precisamente el siguiente rasgo. A pesar de todo, en el fondo de una conciencia que sabe hasta qué punto hemos caminado un camino sin retorno, hay motivos para tener *esperanza*. Elías Canetti dice que la esperanza surge de la desesperación.

Solo alguien que haya sido capaz de llegar hasta la desesperación puede tener esperanza; lo demás son placebos; y agrega que, en efecto, la desesperación ha madurado entre nosotros, no puede ser más extrema: basta mirar alrededor, leer lo que los días nos traen.

No hay cosa que se imponga con una evidencia más tremenda, con una urgencia más radical, que la desesperación. En nombre de la desesperación hacemos muchas cosas que a lo mejor intentan mitigarla. Lo que Elías Canetti dice es que la desesperación no se puede seguir disfrazando.

La desesperación espera por nosotros, nos reclama, exige que abramos los sentidos para que sea lúcida. No podemos darnos el lujo en momentos de desesperación de obnubilarnos, confundirnos, porque esa ceguera nos conduce a la evasión.

Cada uno tiene que encontrar el camino hacia su desesperación; por esa vía se crean las

condiciones para esperar algo, o para esperar simplemente aunque no sepamos qué, dado que la esperanza es un estado de alma, es una disposición; lo que venga luego lo iremos sabiendo; lo principal es tener la capacidad de resistencia para esperar que algo pase y podamos volver a respirar y a tener ilusiones y a creer en algo.

La desesperación es la ruina completa del sentido, es un estado como de nihilismo; ese ejercicio lo tenemos que hacer colectivamente; si no se llega hasta el extremo no pasamos a ningún otro lado.

El extremo ya está aquí, y esas palabras que pueden sonar altisonantes, apocalípticas, se miden con la realidad y yo siento que se quedan cortas. El extremo ya está aquí. Los hombres estamos absolutamente desesperados y hemos de sorber una gota de inteligencia en esa desesperación.

Lo peor de todo es renunciar, entregarse al escepticismo, regodearse en la incredulidad; conductas que el espíritu suele adoptar sobre todo en momentos de crisis, y sobre todo las personas que más privilegios tienen para llegar a grados importantes de ilustración del espíritu; y adoptan la actitud de una especie de inteligencia ceñuda, que es imperdonable y absolutamente reprochable.

Habría que pensar hasta qué punto el escepticismo ilustrado es una forma de cobardía.

El grado extremo, o uno de los signos extremos, más bien, de esa condición desesperada del habitar humano en la tierra es la forma que tenemos los hombres de comportarnos con los animales.

Elías Canetti sabe de qué habla. Innumerables apuntes a lo largo de su vida estuvieron dedicados a la relación del hombre con los animales. Relación por la que empieza toda desgracia y muy seguramente por la que terminará.

El carácter errático de la relación con los animales por parte del hombre no tiene nombre; incluso, está puesto en juego en la relación que él establece o que ellos establecen, o que establecemos, con nuestra propia animalidad, cuando en realidad lo que el animal nos recuerda es lo intratable que es, lo no manipulable, lo insalvable, lo íntegro. La lección de los animales para el hombre es la del don de la metamorfosis. Dice Elías Canetti que es el don más alto de lo humano. Si bien los animales no tienen la metamorfosis: ese es un rasgo específicamente humano. Los animales nos enseñan la imitación, de ellos aprendimos eso y convertimos ese aprendizaje en la propensión consciente a cambiar de forma.

No hay vida humana que se pueda mantener si no tiene capacidad para cambiar de forma. Lo más bloqueado, clausurado en el hombre, y que justifica la desesperación de la que estamos hablando, es ese poder de metamorfosis. El espacio de formación de eso son los Mitos. La capacidad del hombre de recorrer todas las escalas pasando por toda suerte de figuras animales.

La capacidad del hombre de darle a los dioses, a sus dioses, a los dioses que inventa, formas animales. La compañía preciosa del hombre, perdón, del animal al hombre. La discreción, el hecho de que el animal no espera nada o espera lo mínimo, y que es correspondida de la manera más desigual por parte del hombre, exigiendo del animal todo, saqueando todo, vulnerando hasta el extremo sus derechos y su vida.

Mucho de lo peor que somos está reflejado en esa relación, que en realidad ni siquiera merece el nombre de relación, porque es un estado más bien de sujeción. Eso ha llevado a Elías Canetti a preguntarse qué significa el privilegio que los hombres le damos al acto de comer, al hecho de que comemos animales; en realidad, es imperdonable comerse a los animales.

La cultura de la que nos sentimos orgullosos está basada en el hecho de que toda nuestra

moral, nuestra ciencia, giran alrededor del aparato digestivo. Qué bueno imaginarse y pensar en una cultura que fuese, por el contrario, más bien respiratoria y no *masticante*; la masticación termina por volverse una abyección. Todo nos lo comemos, sobre todo los animales.

Respirar más, comer menos; por eso ese elogio que hicimos hace un rato de las palabras, la relación de ellas con la respiración; difícilmente uno conversa mientras come; difícilmente lo hace después de comer; difícilmente lo hace acosado por el hambre. El hambre, la comida y la digestión, vuelven al lenguaje lento, torpe, pesado y malo. Hay que aprender a comer menos.

Pensar en una cosa más como de ayuno y alimentarse de otras maneras, una espiritualidad aérea y respiratoria. Está por demás, la presencia terrible de la sangre y la alianza que hay entre la carne de los animales y la sangre de las palabras. Las palabras gotean sangre, porque al final de cuentas uno habla con el mismo órgano con el que destroza.

Siguiente rasgo de la bondad: *el que es bueno, es impotente*. La bondad no está de lado de los poderosos. Hay una relación de exclusión absoluta entre la bondad y el poder. Para llegar

a ser buenos, si es que eso es posible, hay que renunciar al poder. La impotencia es una virtud.

La impotencia conquistada, adquirida, cultivada: sobre esto no puedo nada, muy seguramente no tengo nada que decir; por eso la bondad suele ser profundamente callada, porque el poder todo el tiempo emite frases, dicta discursos, impone fórmulas, invade al lenguaje en todas sus posibilidades.

Esa alianza entre poder y lenguaje es una alianza sellada, reafirmada una y otra vez, por eso la bondad es parca y si alguien se atreve a medirse con las palabras es porque ha sido capaz de sopesarlas, refinarlas, limpiarlas, despojarlas de toda esa apetencia por el poder.

El poder no es un hecho natural. El poder es un invento humano, el hombre es el que inventó el poder y el poder es una desgracia; todo lo que el poder toca lo envenena porque el poder es malo; aun las mejores almas sucumben a él. Todo lo que toca lo envilece y Elías Canetti en buena medida dedicó su vida, además de escudriñar la masa, al sentido de la masa en las relaciones humanas, al poder, y llegó a esa conclusión: el poder no tiene salida, el poder lo invade todo, no queda ninguna alternativa, eso justifica nuestra desesperación.

Somos seres de poder y en el momento en que esa desesperación es más lúcida, y estoy pensando en las páginas de *Masa y Poder* donde Canetti llega prácticamente al último rincón del poder, reconoce que lo único que tenemos que hacer en relación con él es *ademanes*. Cualquier otra cosa queda en el terreno del poder porque él es completamente omniabarcador; incluso, la palabra *resistencia* a Canetti no le gusta, no le basta.

En estados límite de tensión en la relación con él, que son estados que se presentan todo el tiempo para cada individuo, uno si mucho logra hacer un ademán; por ejemplo, los apuntes de Elías Canetti son ademanes contra el poder, o hacia el poder y cada cual tendrá que encontrar sus propios ademanes; y muy de seguro esos ademanes no pueden ser continuos; suceden por destellos pero yo me temo que unos cuantos destellos justifican una sola vida.

¿Cuántos ademanes y de qué tipo, de qué vibración, de qué calidad, es capaz cada uno de hacer en relación con el poder? He ahí el sentido liberador de una vida. Elías Canetti dice categóricamente que el poder es malo y que el que dice que es bueno termina sirviéndole porque el poder atrae mucho.

Cuántos seres buenos hemos conocido que cuando entran en contacto con el poder se vuelven otras personas, y no me estoy refiriendo únicamente a los poderes más elevados sino a los poderes que están en todas partes: en cada relación acecha el demonio del poder. Basta mirarse uno en la relación con las demás personas para ver hasta qué punto es contaminante. Cómo suspenso en mi relaciones más inmediatas esa acechanza, he ahí la prueba.

Hay una cosa muy hermosa en este apunte y por eso me animé a poner como título de esta conferencia esa expresión: *Bondad dice Él*. ¿Por qué Canetti no dice “voy a decir lo que yo considero de la bondad”? Porque sabe que el pronombre “yo” es terriblemente afecto a propiciar la inversión de la bondad en poder; por ejemplo, cuando alguien intenta demostrar o demostrarse que es bueno.

La bondad no se puede decir en primera persona, hay que eludir eso; el bondadoso normalmente termina siendo arrogante y, en ese caso, la bondad es una máscara de un poder secreto y terrible.

Por eso *Bondad dice Él* y ese Él es cualquiera, alguien que en un momento dado se preocupe por saber qué es bueno, qué implicaciones tiene ser bondadoso. Mientras menos se piense que uno es bueno, mejor.

Es un punto muy interesante además porque ese *Él* ha servido habitualmente para nombrar al soberano, al tirano, al que está en la cumbre, en la cúspide; entonces Canetti, de una manera provocadora y con un ademán escritural provocador, coloca al bueno en ese mismo punto: en el de la tercera persona; ya no es el *Él* del que todo lo puede, sino el *Él* del impotente, del que no puede nada, del que no quiere poder nada. Ese no querer nada y no querer poder nada es muy fuerte porque prácticamente pone en suspenso el llegar a ser cualquier cosa.

El que no puede nada termina por no ser nada o casi nada. En realidad, conviene mucho intentar ser casi nada. Está mucho más cerca de la bondad el mediocre, el anónimo, el insignificante, el anodino, el nadie, el donnadie. Hay que olvidarse de uno; el éxito es una enfermedad, la búsqueda del éxito es oprobiosa, eso es indigno; es mejor el fracaso si uno quiere ser bueno y tener las manos limpias de sangre.

El odio, (empleo la palabra porque es la que Canetti emplea todo el tiempo) el odio de Canetti por el poder es radical. Al poder hay que odiarlo, por un motivo en el que no voy a extenderme, pero que es esencial y que es la médula de esta conversación y es que el poder conduce a la

fascinación por la muerte que es la fascinación humana más tremenda.

Canetti nunca creyó que fuera natural el instinto tanático, le parecía que era una aberración intelectual porque lo que los hombres queremos es vivir; y no solo vivir una determinada fracción de tiempo sino vivir mucho tiempo, y no solo mucho tiempo sino eternamente.

Los hombres querríamos ser inmortales, nos parece una cosa completamente inexplicable la muerte y por eso a él le preocupa que la muerte se nos haya vuelto un dato natural, algo completamente explicable, esperable, aceptable. ¿Cómo así que aceptar la muerte? Hay que odiarla. Los únicos que aceptan la muerte y la convierten en una práctica sistemática son los poderosos, no porque odien la vida sino porque la aman tanto que la quieren solo para ellos.

Cualquier otra persona es una amenaza para la vida propia, esa es la máxima del tirano: “tengo que matarlos y quedar como el único”. Es una fórmula que tiene Canetti en *Masa y Poder*: la pasión del tirano por ser el único y que nadie le sobreviva; el único sobreviviente es él.

Si queremos renunciar al poder tenemos que aprender a odiar a la muerte. La muerte se volvió una hipótesis fastidiosa y dañina. Y a veces

da grima cómo los hombres de ciencia explican, justifican, demuestran la muerte; y da también mucha tristeza cuando los filósofos introducen, como una hipótesis fundamental, eso del *hombre como ser para la muerte*.

El hombre es un ser para la vida eterna en la tierra. Esta vida es la única. En eso son perniciosas las filosofías y las religiones que creen que la única posibilidad de la inmortalidad está en otra vida, en otra parte.

Elías Canetti en algún apunte dice: la ciencia moderna estuvo a punto de encontrar al menos algún vestigio de la posibilidad de la longevidad e inclusive de la inmortalidad; eso suena a una cosa completamente desafortunada, mitologizante y todo.

Y, sin embargo, independiente de la veracidad de esa afirmación, está el hecho de la aprobación del carácter incondicional e irrefutable de la muerte, y eso es horrible; y cada cual tendrá que ponerse a buscar los motivos por los cuales merece odiar a la muerte. La única manera de suspender el poder en nosotros es el odio inveterado, lúcido y radical hacia ella.

Hablando de las ciencias voy a mencionar el siguiente rasgo de la bondad. Elías Canetti dice que el hombre bueno es el que es capaz de

asombrarse. Claro, eso cae de su peso, independiente de si la etología ha demostrado que hay animales distintos al hombre capaces de asombrarse, que muy seguramente sí.

Hay algo en el asombro humano que es incontestable y que marca una distinción completa; un asombro que incluso es capaz de pasar por la repetición; ejemplo elocuente es el arte.

Es un asombro que tiene mucho de la reivindicación de la inocencia. Asombrarse es una cosa preciosa, es un estado de desnudez: esa es una idea que es muy común y que está en las más antiguas sabidurías y se habla del asombro de los niños, que es algo de lo que uno no debería olvidarse aunque es casi imposible acordarse de los niños: se parecen en algo a los animales por lo extraños que nos resultan y sobre todo el niño que uno a lo mejor algún día fue.

Ese asombro que tiene algo tan primigenio tiene al mismo tiempo un elemento tremendo de responsabilidad porque es un asombro acompañado de preocupación. Como si Canetti dijera: no hay derecho a asombrarse y a disfrutar solo del asombro, de los destellos de asombro que la vida da, al mismo tiempo hay que estar preocupado, preocupado por los otros, preocupado por lo que está pasando; a Canetti no le gustaría el asombro

pensado en relación con arrebatos místicos o con estados de éxtasis. El asombro al mismo tiempo exige ocuparse de lo que está pasando.

Si ustedes escucharon en este apunte, Canetti dice con la misma contundencia con que menciona los rasgos positivos de la bondad, algunas cosas con las que ella no se aviene, con las que es incompatible, a saber, el deseo de grandeza, la presunción, la búsqueda de la excelencia, el autoendiosamiento.

Por eso, creo que se justifica esa expresión o ese término de *la bondad es humilde*. Un alma buena nunca presume de la bondad que tiene ni presume de nada; pero, ante todo, y agrega Elías Canetti: “la bondad se parece a la caridad y a la misericordia”, esa preciosa predisposición a la participación en el dolor de otros, las injusticias que los otros padecen, que no es para nada fingida, que no tiene propósitos en cuanto a ella misma; por eso, el alma bondadosa es un alma dulce, misericordiosa, que es una palabra que Canetti emplea, a pesar de que le genere algunas inquietudes.

La emplea en un ensayo muy tremendo en que se plantea la pregunta de ¿cuál es el sentido de que haya escritores en un mundo sin esperanza? Habla de la misericordia en este sentido de la predisposición a participar en el dolor de los

otros de una manera completamente entregada, sincera, sin arrebatos de fusión porque cada uno sufre los dolores que le tocan, pero eso no quiere decir que el dolor lo vuelva a uno cerrado, por el contrario, el dolor hace comunidad.

La alegría también tiene destellos de bondad, pero muy seguramente el dolor los tiene más abundantes y más ricos porque al final de cuentas, somos una comunidad que sufre. ¿Quién lo creyera? De este rasgo de misericordia y caridad, o de compasión, mencionado por Elías Canetti, surge un rasgo que está ligado a uno anteriormente mencionado: el alma bondadosa aprende a no aceptar que le den órdenes.

Nada de lo que hago es la respuesta a una orden que me dan. Mucho del secreto de ese asunto de los ademanes con el poder va por ahí. ¿Cómo rompemos el circuito de las órdenes? En *Masa y Poder* describe minuciosamente ese mecanismo de la orden y muestra que es un mecanismo que ha terminado por volverse universal. Al mismo tiempo cada hombre da órdenes y recibe órdenes y se crea así una especie de cadena.

Cada orden que recibo es un agujijón que se clava en mi piel, dice Elías Canetti. La única manera que tengo de arrancar ese agujijón es dándole órdenes a otra persona y todos nos volvemos

fieles, servidores de ese mecanismo de las órdenes; Canetti dice que detrás de toda orden está el deseo de matar.

Toda orden es una orden de asesinato a la larga, de manera diferida o de manera inmediata. El hombre es un animal que recuerda que asesina, dice Elías Canetti.

Quiero señalar un siguiente rasgo de la bondad. Elías Canetti dice que la bondad se refiere al *lenguaje* y lo hace, en mi opinión, en el siguiente sentido: no hay derecho a quedarse callado, el silencio no es una posibilidad.

El riesgo del silencio es la complicidad, hay que decir cosas, hay que denunciar cosas, hay que planear cosas.

Ejercer a plenitud las posibilidades que el lenguaje nos da. Cuidado con ese rasgo del silencio en el hombre, que puede ser una máscara de la cobardía, o de la aceptación, o de la complicidad.

Hay hombres cuya sola presencia deja completamente clara la distinción entre lo que es bueno y lo que es malo. Uno de esos hombres es Guillermo Hoyos, bajo cuya tutela silenciosa dejo hasta aquí hoy mis palabras. Hombres que

saben decidir sin titubear sobre su manera de reaccionar ante el bien y el mal.

Esa virtud de decidir y reaccionar en cada situación ante lo que es el bien y lo que es el mal, es la más rara y preciosa de todas y le está reservada a cada ser humano. Por lo pronto, les agradezco el silencio que me han regalado.

Carlos Vásquez



(Medellín, 1953). Poeta, ensayista, traductor y profesor universitario. Se graduó como licenciado en Filosofía y Letras de la Universidad Pontificia Javeriana. Es doctor en Filosofía de la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá. Ha publicado, entre otros, *Eclipse de sol* (sobre Bataille,

Ensayo, Ediciones Bolsillo Roto, 1990), *El oscuro alimento* (Poesía, Ediciones Bolsillo Roto, 1994), *El arte jovial* (sobre el *Nacimiento de la tragedia* de Nietzsche, Ensayo, Editorial Universidad de Antioquia, 2000), *Agua tu sed* (Poesía, Editorial Universidad de Antioquia, 2001), *Desnúdame de mí* (Poesía, Fondo Editorial Universidad Eafit, 2002), *Hilos de voz* (Poesía, Editorial El tambor arlequín, 2004), *Método de dramatización* (sobre el Primer tratado de *La genealogía de la moral*, Editorial Universidad de Antioquia, 2005), *Aunque no te siga* (Poesía, Tragaluz Editores, 2008), *Cuaderno* (Poesía, Tragaluz Editores, 2009), *El oscuro alimento-Poemas ilustrados* (Poesía, Tragaluz Editores, 2009), *La nada luminosa* (sobre Fernando Pessoa, Ensayo, Fondo Editorial Universidad Eafit, 2009), *Días* (Poesía, Común Presencia Editores, 2011) y *Pasos* (Poesía, Tragaluz Editores, 2012). Actualmente es profesor del Instituto de Filosofía de la Universidad de Antioquia.



ESTE LIBRO DE BOLSILLO SE TERMINÓ
DE IMPRIMIR EN ABRIL DEL 2014.
MEDELLÍN - COLOMBIA

